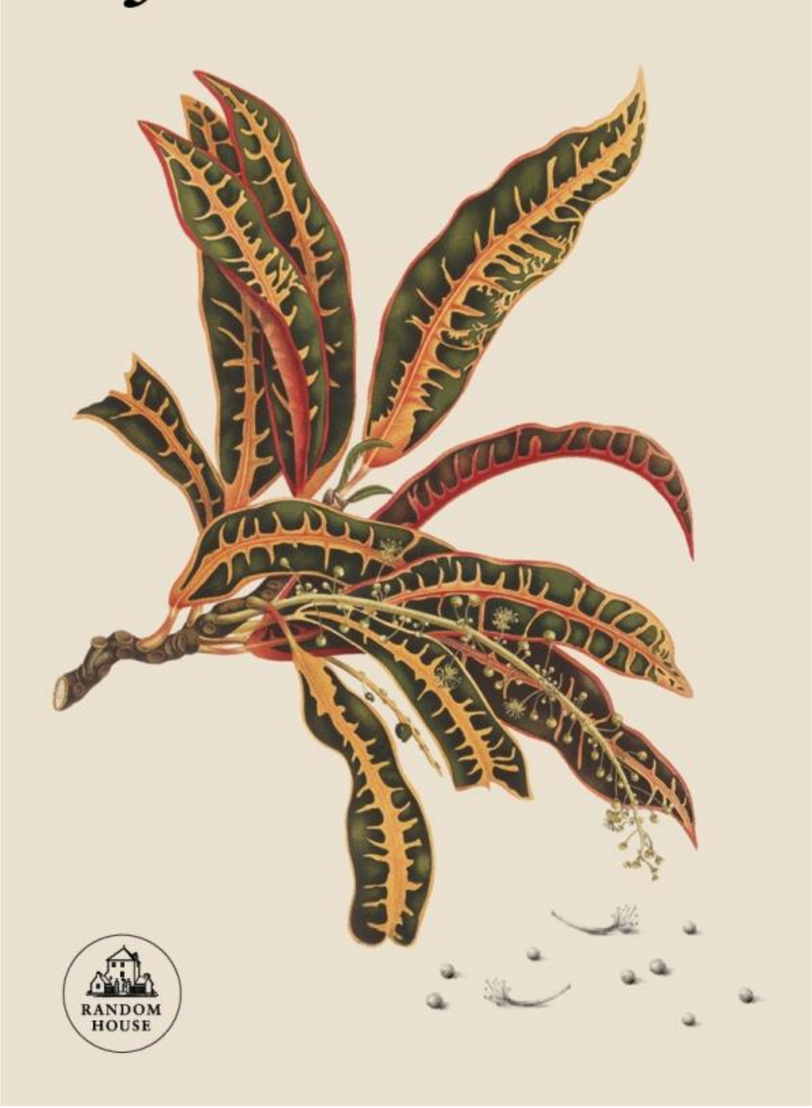
ROSARIO YORI

Infértil



RANDOM HOUSE

Infértil

ROSARIO YORI

Infértil



RANDOM HOUSE

Síguenos en
Penguin Perú


Penguin Perú


@penguinlibrospe


@penguinlibrospe

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

«¿Cómo describir la ausencia de algo? [...] Que carezca de la experiencia de la maternidad, ¿no es una experiencia de la maternidad? ¿Lo es? ¿Puedo llamarla también "maternidad"?»

Sheila Heti, *Maternidad*

«Y quizás el verdadero objetivo de mi vida sea este: que mi cuerpo, mis sensaciones y mis pensamientos se conviertan en escritura, es decir, en algo inteligible y general, y que mi existencia pase a disolverse completamente en la cabeza y en la vida de los otros».

Annie Ernaux, *El acontecimiento*

«Si entre la avalancha de libros, *blogs* y películas es difícil encontrar las voces de las mujeres que decidieron no ser madres, hallar las de quienes quisieron serlo pero no pudieron es prácticamente imposible».

Isabel Zapata, *In Vitro*

«Y el vientre vacío pero con alas».

Blanca Varela, «Monsieur Monod no sabe cantar»

Para L. A.
en la montaña y la llanura.

El correo llega durante una videollamada. Aparece la notificación en una esquina superior de la pantalla, apago la cámara de la reunión en curso y pongo el micrófono en silencio. Le doy clic al globo que me anuncia un nuevo correo y me lleva al buzón de entrada. Ahí están. «Resultados de Prueba de Laboratorio» pone como asunto con todas las palabras en mayúsculas, una pomposidad que le imprime importancia. En el cuerpo del correo no encuentro los resultados, sino un enlace y, en letras rojas, una única instrucción: «Use como contraseña su DNI». Como contraseña, la identidad; y no puedo evitar pensar que eso le da más gravedad al tema, a cualquier tema.

La página donde se dan los resultados del laboratorio es hermética, deshumaniza con un lenguaje a propósito aséptico. Me convierto en indicadores, rangos, cifras, valores y tablas. Leo todas las categorías —aunque no reconozco la mayor parte de esas palabras, los indicadores están dentro de los rangos que garantizan «normalidad»— hasta que encuentro la única que me interesa: Hormona Antimulleriana (las mayúsculas). El médico me había dicho que cualquier cifra por debajo de 2 indicaba una reserva ovárica pobre y que no me podría ayudar, que tendría que ir con un especialista en fertilidad. Si el valor estaba por debajo de uno, necesitaría un donante. Yo: 1.5. Medio punto de autosuficiencia.

Me sobreviene una pena que no anticipaba: si no estoy convencida de que quiero ser madre, ¿por qué apoyo los codos sobre el escritorio y me cubro el rostro con ambas manos? ¿Por qué sollozo? ¿Por qué irrumpe el llanto? ¿Por qué reacciona así mi cuerpo?

«¿Hay algo más que añadir?», pregunta una voz desde mis audífonos que me obliga a volver a la reunión. Carraspeo, enciendo el micrófono y digo que todo está bien, que cualquier cosa coordinamos por el chat. No sé qué hemos acordado.

Uno a uno mis compañeros de trabajo van abandonando la sala hasta que me quedo sola con mi propia imagen sobre la pantalla.

*

Luis y yo habíamos empezado a buscar el embarazo casi un año antes. Conversamos alguna vez sobre el tema de manera holgada, pero no hubo una discusión que nos llevara a verbalizar tiempos, planes o deseos concretos. Un domingo tuvimos relaciones por primera vez sin cuidarnos y supimos que habíamos empezado una búsqueda. Descargué una *app* en el teléfono para llevar registro de mis ciclos e identificar los días fértiles. Desde entonces, procuro tener sexo en esos días, sin que él sea consciente de los cálculos lunares que motivan la seducción.

Como mi regla es puntual, me he vuelto hiperconsciente de mi cuerpo en los días previos a que me baje y cualquier sensación levanta sospechas. Siento un sabor

metálico en la boca. Tengo cólicos leves y constantes. Se me hincha el vientre. Hay sensibilidad en el pezón. Me salen granitos en la frente. Mancho mi calzón con un descenso transparente y viscoso. Duermo de corrido toda la noche. No duermo en toda la noche. Siento náuseas al lavarme los dientes por la mañana. Se me antoja un jugo de piña. Me conmuevo con una canción. Google lo confirma: son síntomas todos de embarazo.

Entonces voy a la farmacia y, con el mismo pudor con el que veinte años antes compré preservativos en una gasolinera, compro una prueba que confirme mi estado. Por alguna razón, añado varios artículos innecesarios a la canasta, como si eso normalizara la situación, como si le restara intención, como si la expectativa se diluyera entre una pasta de dientes, un jabón en barra y una caja de antiácidos.

Guardo la prueba en mi cartera y, cuando llego a casa, espero a que Luis salga para hacérmela sola, en el baño. Orino en una suerte de lapicero de plástico muy similar a un termómetro y pongo la alarma del celular en cinco minutos, como indica el empaque. Eso es lo que tardará en pintarse la línea roja que confirmará mi embarazo. Solo que no se pinta. Leo nuevamente las instrucciones. Indican que es preferible realizar la prueba con la primera orina de la mañana. Entonces, vuelvo a la farmacia y compro crema para el cuerpo, aspirinas y otra prueba de embarazo. Pero el resultado es el mismo a la mañana siguiente.

No se lo cuento a Luis.

*

Siempre había pensado que bastaría un descuido para salir embarazada. Mi hermana me había contado que ella, con sus dos hijos, se embarazó al primer intento. Mi mamá había tenido tres embarazos, aunque uno de ellos, el primero, terminó de manera prematura en un duelo. Todas las hermanas de mi mamá fueron madres. Mis abuelas de padre y madre tuvieron tres y ocho hijos, respectivamente. Ambas tuvieron siete hermanos.

Desciendo de una legión de mujeres fértiles. Y, a pesar de ello, cada prueba que me hago en los meses siguientes sale negativa.

¿Estoy frente a mi fracaso biológico? ¿Soy yo la destinada a romper ese legado?

*

Luis entra a mi escritorio para preguntar si quiero otro café y me encuentra rendida sobre el teclado. No pregunta por qué lloro, pero se acerca a mí y me abraza, en cuclillas, por la espalda. La empatía me quiebra más. Sobre todo porque los resultados de esta prueba son también, de alguna manera, empáticos: lo que sucede con mi

cuerpo le sucede también a él.

Ensayo explicaciones que se empozan, las palabras se empapan. Él sabe llenar los vacíos de una narración fragmentada y logro ponerlo al tanto del acontecimiento.

—No pensé que fuera a afectarte así.

Le digo que no sé por qué. El labio compungido. En verdad no lo sé. A nadie le gusta constatar que algo no está bien con su cuerpo; se siente como una enfermedad. Tampoco me gusta reprobar exámenes, así sean hormonales. Esto último lo hace reír.

Me pide que ya no trabaje por el día. Que diga que he tenido una emergencia, que ni siquiera tengo que dar detalles. Entonces, mando un mensaje a mi jefa y otro a mi equipo. Me preguntan si está todo bien y si me pueden ayudar. Sí y no. Lo agradezco.

Luis y yo salimos a caminar por el malecón. Lo hacemos en silencio, de la mano. El mar primero a la derecha, luego a la izquierda; la isla San Lorenzo, con su figura de niño recostado —¿dormido?, ¿muerto?— en el horizonte. Bajamos por el acantilado al parque botánico, paseamos entre tipas, buganvilias, madreselvas, agapantos y cucardas, flores obscenas. Me llama la atención que todas las especies estén al mismo tiempo en flor.

—Estás interpretando los resultados sin haber consultado con el médico, quizás no es tan grave.

—No hay mucho que interpretar. Un número es un número.

—Aun así, el doctor tiene que decirte qué significa.

—Es que ya me lo dijo: si sale por debajo de esto, vas muerta.

—No te ha dicho eso… También podemos buscar una segunda opinión; ir donde un especialista en fertilidad para entender cuál es la situación y qué opciones tenemos. Y recién ahí tomar una decisión, con las cartas sobre la mesa.

El sol empieza a descender. Luis me toma de la cintura y me acerca a él mientras avanzamos hacia la zona de las cactáceas.

*

Los primeros exámenes que me mandó el ginecólogo dan una idea general, pero no pintan el panorama completo. El médico especialista en fertilidad me ha pedido enviárselos antes de agendar nuestra primera cita y ha indicado que es necesario añadir nuevas pruebas para dar un diagnóstico. Antes de tomar cualquier decisión, no solo debe conocer mis indicadores, sino también los de mi esposo: «Podría ser él». Siento algo parecido al alivio, un sentimiento inverso al que debe haber sentido Luis cuando le dije que el médico había pedido un espermograma. «Lo primero es conocer cuál es el problema», me ha dicho, poniéndonos a los dos bajo sospecha.

Los míos son exámenes de orina y sangre. A Luis le he dejado un recipiente para que se masturbe en él. Me pregunta si no es mejor que vaya directamente al

laboratorio y le digo que no, que ellos mismos me han dicho que la muestra puede pasar varias horas en el envase de plástico sin alterarse. «No se vayan a quedar dormidos en el camino», le dice al frasco antes de entregármelo y reconozco que es un buen síntoma que se tome con humor lo que otros hombres se tomarían con vergüenza.

Mientras espero mi turno, googleo en el teléfono.

Qué es la infertilidad: la incapacidad para lograr el embarazo después de 12 meses de relaciones sexuales regulares sin protección.

Causas de infertilidad: un tercio de las veces, la infertilidad es consecuencia de factores relativos a la mujer. A partir de los 35, la fertilidad femenina decae.

Estadísticas de infertilidad: la infertilidad afecta a 48 millones de parejas y unos 186 millones de personas en todo el mundo.

Tratamientos para la infertilidad: la fecundación *in vitro* ha permitido dar a luz a más de 5 millones de niños.

Cuándo se realizó el primer *in vitro*: Baby Louis, la primera bebé *in vitro*, nació el 25 de julio de 1978. El Nobel de Medicina de 2010 se lo dieron a Robert Edwards, el médico que lo hizo posible.

Una enfermera me llama por mi nombre y le entrego una bolsa llena de fluidos.

*

Con el teléfono en la mano, camino por mi casa postergando la llamada. Encuentro que aún no he tendido la cama, que puedo cargar la lavadora con una tanda de ropa, que quedaron por fregar los platos de la cena de ayer, que a las plantas les falta riego, que sus hojas están sucias.

Desbloqueo la pantalla del celular y la vuelvo a bloquear.

Me corto las uñas.

Le cambio el agua al gato.

Le corto las uñas al gato.

Reproduzco en mi cabeza los posibles desenlaces de la conversación: tengo que llamar a mi mamá y contarle que no puedo tener hijos.

*

El teléfono de la casa donde crecí quedaba bajo una escalera de madera que iba desde la entrada hasta las habitaciones del segundo piso, de tal forma que cuando abrías la puerta de ingreso, el aparato no se veía. Lo mismo sucedía del otro lado: si estabas muy absorto en tu conversación telefónica, no advertías si alguien había entrado a la casa.

Una tarde, volviendo de la universidad, escuché la conversación de mi madre con una amiga que, imagino, no veía hace mucho. Se estaban poniendo al día. Mi papá estaba bien, seguía muy aficionado a los caballos y renegón, sí, sí, también renegón. Como siempre. Risas. Mi hermana ya se había graduado, imagina cómo pasa el tiempo, y se había comprometido con su enamorado de la universidad. Se casaban en menos de un año. La menor —o sea, yo— llevaba a cuestas su primera decepción amorosa, pero el desánimo le había hecho perder un par de kilos y se le veía muy bien. ¿Nietos? No, todavía, pero estaba segura de que la mayor no esperaría demasiado luego del matrimonio. ¿Y la menor? A estas alturas, no importaba si regresaba con el ex o si salía embarazada por la libre. No podía esperar a ser abuela.

*

Anticipaba un drama. Imaginaba a mi madre reaccionando como el personaje de una telenovela, narrando de manera explícita sus emociones. Preguntándole a un dios castigador por qué a mí, por qué a ella. Pasando por todas las etapas de un duelo en lo que dura una llamada. Haciendo del tema un huracán. Pero nada de eso sucede.

Empiezo preparando el terreno. Hace varios meses lo sospechamos. Hace algunos menos lo vimos con un médico. Hace pocos días se confirmó. «Me da mucha pena, hijita», responde luego de un suspiro. «Pero muchas parejas nunca tienen hijos y son felices. Ustedes van a ser felices».

*

Soñé que les contaba a mis amigas de la escuela que no podía tener hijos y ellas me confesaban por lo que habían tenido que pasar para convertirse en madres. Compartían sus secretos. Una me aconsejaba ir en busca de un potaje ancestral; otra, que trepara la montaña de los siete colores; otra, a qué virgen rezar. Entonces, iba a un restaurante y pedía una sopa de hongos y algas; energizada por los alimentos, empezaba a subir por una cuesta empinada y polvorienta, y me veía envuelta en un remolino de tierra seca que se tornaba rosada, celeste, amarilla en cuanto seguía avanzando. Con los dientes ásperos de polvo, caminaba hasta una gruta en el pico de la montaña. Esperaba encontrar ahí a la virgen, pero en su lugar había una estatua bélica, un hombre sobre un caballo que se rebelaba alzando las dos patas delanteras.

No lograba comprender en qué momento se había trastocado la simbología maternal.

*

Unos días después de hacernos las pruebas, agendamos la primera cita en la clínica de fertilidad. El consultorio está decorado con fotos de bebés de catálogo y familias que lucen felices, entre risas y jardines de flores. Otras mujeres, acompañadas de sus parejas o sus madres, esperan su turno para pasar a la consulta. Leen revistas gastadas. Algunas están notoriamente embarazadas y lucen panzas gigantescas que nos marcan a las demás una meta y una amenaza.

Luis no ha querido sentarse y camina de un lado a otro con la mirada fija en el celular. Lo contemplo como si un nuevo escenario me lo ofreciera por primera vez. Es alto y delgado. No usa camisas de manga corta; incluso en verano, las prefiere de manga larga, y las remanga calculadamente, dejando que se vea el puño. Tiene la mirada tierna y el apretón de manos firme.

La mujer que está a mi lado ha venido sola. Intuyo que es de esas personas que no tiene empacho en ventilar sus intimidades al primer contacto visual, por eso la evito. Ella saca su teléfono ante la falta de audiencia y hace una llamada a su oficina; no, no es necesario reprogramar la reunión de la tarde, llegará a tiempo. Cuelga y voltea hacia mí. Caigo en la trampa y sonrío sin mostrar los dientes, una incómoda cortesía.

—¿Primera vez?

No hay salida. Respondo que sí y busco a Luis con la mirada para advertirle el peligro. Él puede salvarse todavía.

—Sí, primera vez.

—¿Ya sabes por qué no pueden?

Una mujer ejecutiva.

—No, todavía… es nuestra primera cita. Nos van a dar los resultados hoy —no sé por qué claudico y comparto información íntima, si no me lo ha preguntado.

—Mi problema es el tiempo. Ya tengo treinta y cinco años y quiero tener dos hijos. No quiero ser una mamá vieja.

—¿O sea que no es un problema de fertilidad?

—No, no quiero esperar más. Además, los óvulos de hoy tienen mejor calidad que los de mañana, *if you know what I mean.*

Me invade una mezcla de pudor y ansiedad que oculto tras la misma sonrisa de fachada. Luis, que ha advertido mi incomodidad, viene a rescatarme y le propongo esperar nuestro turno en la escalera. Accede de inmediato. Él también siente la asfixia de la sala de espera.

*

Cuando nos hacen pasar al consultorio, el doctor nos recibe con los resultados de los exámenes que ordenó. «Bueno, los dos están mal», inicia la consulta. Me gusta que no endulce las malas noticias. Y también me reconforta pensar que la culpa no recae solo

en mí. Entonces, el doctor empieza a explicarnos cómo funciona el ciclo reproductivo y en qué consiste el tratamiento. Mientras dibuja en un papel la figura triangular de un útero, mi mirada se pierde en el estacionamiento vacío al que da la ventana. Una mujer atraviesa el patio con una escoba y un balde con agua turbia de mugre y jabón. Refriega con vitalidad las cacas secas de aves del piso de concreto, un ejercicio estéril en sí mismo. Los pájaros van a volver a cagar desde las ramas.

Luego, el médico pasa a las preguntas íntimas.

Me pregunta si he tenido embarazos previos o abortos, intencionales o espontáneos. «No, doctor». Quizás lo que yo pensé hasta el momento como el resultado de un comportamiento responsable no haya sido más que un síntoma. Le hace la pregunta equivalente a mi esposo, si alguna vez ha embarazado a alguien. Un vacío se desliza por mi estómago y hago lo imposible por mantenerme serena. Nunca se lo he preguntado y se me hace abominable descubrirlo en el consultorio al que hemos ido porque no podemos hacerlo juntos. Pero dice también que no.

—¿Fuman?

—No, yo nunca he sido fumadora. Luis lo dejó hace dos años —mi esposo asiente.

—¿Toman? —la pregunta va dirigida a él, pero respondo yo.

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

Empieza a materializarse la culpa.

—Tres veces por semana, quizás cuatro…

—¿Hace cuánto tiempo están buscando el embarazo?

—Más o menos diez meses.

—¿Más o menos?

—Once meses. Casi un año.

—¿Con qué frecuencia tienen relaciones?

Nos miramos. ¿Dos veces por semana? Quizás una… ¿quizás menos? Hace frío, hace calor, hace sueño, hace cansancio, hace hambre, hace flojera.

—¿Una, dos veces por semana? —Luis parece estar satisfecho con la respuesta.

El médico nos mira por encima de sus anteojos y cierra su libreta de golpe.

—Pero sí saben que para lograr un embarazo deben tener relaciones, ¿no? ¿O cómo están buscando?

*

La primera vez que Luis y yo nos acostamos me dijo que le gustaban mis axilas. Me tomó por sorpresa. Antes había recibido cumplidos, claro: mis ojos, mis piernas, mis senos, mis caderas. Nunca las axilas. Era una mirada nueva y me gustaba descubrirme a través de ella. Me hizo pensar en un cuento de Raymond Carver en el que el

personaje principal siente compasión por una mujer que sale con un ciego y nunca ha podido verse a través de los ojos del hombre que la ama. Me sentí, entonces, una mujer afortunada de axilas primorosas.

Me gustaba el sexo con mi esposo. A veces, incluso cuando me masturbaba, me descubría pensando en él. Es verdad que no teníamos relaciones con la misma frecuencia que en los primeros meses, cuando empezábamos a conocer cómo nuestros cuerpos respondían el uno al otro, pero todavía lo hacíamos con insistencia. En ocasiones, nos despertábamos de madrugada para amarnos en un sexo sonámbulo.

No podría decir que el sexo cambió cuando dejamos de cuidarnos. Digamos que no cambió en forma, pero era imposible concentrarme en el placer sin pensar en lo que podría pasar. Como si acostarnos no fuera ya solo para buscar la pequeña muerte, sino para trascenderla.

*

Luego de la entrevista inicial, el doctor nos hace pasar a otra sala para revisarme. Me siento en la silla con una bata abierta por delante, coloco mis pies en los estribos y Luis se sienta en un sofá un poco más allá, con vista a una pantalla que se me hace enorme para mostrar mis entrañas. El médico sale un instante y nos deja solos.

—Bueno, nada que no hayas visto antes —le digo a mi esposo para romper la tensión.

—Nunca desde este ángulo —responde y me hace reír. Luis me hace reír.

Cuando el médico regresa, empieza el espectáculo. Apenas unas sombras que se asemejan más a una interferencia que a un útero dispuesto a acoger a un ser humano. El doctor hace marcas en la pantalla y mide los ovarios, el endometrio, las trompas de Falopio. Todo dentro de lo normal, asegura. «Sí hay ovulación. Es una buena señal», dice mientras bota a la basura el condón que recubre el tubo con el que hasta hace unos instantes me exploró por dentro.

*

«El factor más importante para que un embrión presente anomalías suele ser la edad materna», dice el doctor de vuelta en su escritorio. Usa términos como «útero acabado», «óvulos viejos» y metáforas para referirse a mis ovarios, como la de un anciano de ochenta años que quiere correr una maratón y se muere antes de llegar a la meta. «Con un óvulo más joven, tendrían más probabilidades de fecundar», dice extendiendo una indirecta. «Lo importante es saber cuánto están dispuestos a hacer», enfatiza. Mi esposo y yo guardamos silencio ante una insinuación que inmiscuye a un tercero en una relación de dos. «No», pienso, y aprieto la mano de mi marido, un

gesto que él sabrá interpretar. Me daría envidia pensar que nuestro bebé tendría su barbilla partida y nada de mí. Me pregunto si esa resistencia proviene de un impulso narcisista… ¿Será que tener hijos es un acto de vanidad? ¿Un vehículo para mi propia subsistencia?

El médico sigue hablando. Nuestras opciones son pocas. A decir verdad, son casi nulas, pero él ha conseguido embarazos en peores escenarios. No tenemos ninguna posibilidad de concebir de manera natural, nos dice. Empiezo a jugar con el aro de matrimonio que llevo en el dedo, como siempre que me impaciento. «La inseminación artificial tampoco es una opción. Solo retrasaría el proceso y no hay probabilidades de embarazo», asegura. Él recomienda pasar directamente a la fertilización *in vitro*. Y empezar cuanto antes.

*

Quizás esperé demasiado. Pero ¿cuándo, si no ahora? Nunca había querido tener un hijo. Nunca había querido tener el hijo de alguien más. No hace falta hacer un repaso exhaustivo de amores fracasados, basta con mirarme a mí. La lista de metas personales que quería alcanzar antes de siquiera pensar en reproducirme era larga e incompatible con la maternidad. ¿Se puede ser egoísta con una misma?

*

Me comparo con mis amigas del colegio, con las que crecí y continúo viéndome, y hace algunos años me siento a destiempo. Como si nuestros temas de conversación y preocupación vinieran en diferido. Cuando ellas discutían si se casarían o no con el chico de turno, yo estaba soltera… y bien soltera. Cuando, comprometidas, planeaban sus bodas, yo buscaba programas de maestría para irme, aunque sea por un par de años, de Lima. Siempre había soñado con vivir en Nueva York y encontré un programa de escritura que, además, me ofreció una beca completa. Cuando volví y ellas esperaban a sus primeros hijos, yo tuve que volver a la casa de mis padres y tomé un trabajo en comunicación corporativa que me ayudara a nivelar las deudas de la vida de estudiante. Y ahora que sus hijos están en el colegio, yo me pregunto recién por la maternidad.

*

Sueño con un acantilado. En una banca que mira al mar me espera un hombre de espaldas. Me siento a su lado, lo tomo de la mano y juntos vemos proyectarse en el cielo enrojecido del atardecer los resultados del tratamiento. No hay embarazo.

Entonces me recuesto sobre su hombro y me doy cuenta de que no es Luis el que me acompaña. Manteniendo la cara compungida que se espera de mí, agradezco que el resultado sea negativo. Nos quedamos ahí, en silencio, hasta que el mensaje se borra cuando se termina de poner el sol.

*

Tras recibir el diagnóstico, Luis y yo nos tomamos un día para salir de la ciudad y conversar acerca de lo que queremos hacer. Era cierto que habíamos estado buscando un embarazo, pero también que lo habíamos postergado lo más posible. Cuando fue evidente que algo nos impedía lograrlo, acordamos que solo íbamos a buscarlo de forma natural; se nos hacía ajena la posibilidad de someternos a un tratamiento que, además de agresivo, excedía nuestras posibilidades económicas. Y con todo ello, ahora avanzábamos en esa dirección.

La carretera rumbo al sur corre paralela al mar entre cerros de arena. Es un paisaje árido, salvo cuando los cerros hacen bancos de neblina y la humedad se condensa. Entonces, la hierba se empecina en crecer. Las alfombras verdes en medio de la arena se tiñen de amarillo en los meses más fríos, cuando la amancae entra en flor. Escuchamos un disco de David Bowie lo suficientemente alto como para tapar el silencio del desierto que se extiende hacia el coche.

There's a Starman waiting in the sky

He's told us not to blow it

'Cause he knows it's all worthwhile

He told me

Let the children lose it

Let the children use it

Let all the children boogie

¿Siempre fue esa la letra?

—¿Qué has pensado? —le pregunto bajando el volumen de la música.

—Creo que no importa lo que decidamos porque el hecho es que no podemos.

Me molesta que encripte su respuesta. Quiero una conversación práctica, no

filosófica.

—No respondiste nada.

—Las probabilidades son muy bajas de todas formas… Por eso digo que no importa qué decidamos, no podemos.

—Igual hay que decidir. No te estoy pidiendo un diagnóstico. Obviamente no podemos. La pregunta es qué hacemos con eso.

—Pensé que habíamos dicho que no queríamos un tratamiento.

—Sí, pero eso fue antes de saber que lo necesitábamos… Ahora el escenario es otro. Ya sabemos cómo se siente.

—¿Estamos seguros de que queremos ser padres? ¿Tanto como para llegar a esos extremos?

No sé responder esa pregunta.

—Si lo hacemos, ¿vas a estar bien? ¿Con las inyecciones y eso? ¿No es muy fuerte? Me preocupa que te pongas mal —retoma él.

—¿Por las hormonas? No es tanto tiempo, puedo lidiar con eso… Creo más bien que si no lo intentamos al menos una vez, voy a quedarme con la duda siempre. Y yo no puedo convivir con la duda.

—Bueno, entonces sí, lo intentamos —dice con una mano en el volante y la otra buscando la mía. Me aprieta los dedos y deja de ver la carretera un instante para concentrarse en mí—. ¡Lo intentamos, sí! —repite con entusiasmo. Y luego golpea el timón varias veces con las manos, siguiendo el ritmo de la canción.

«*Is there life on Maaaaars?*», cantamos a todo pulmón, desafiando la gravedad.

*

Cuando llegamos a la casa de campo, cada quien va a lo suyo. Él limpia la parrilla y enciende el fuego; yo tiro un pareo en el pasto y me echo a leer al sol. Hace algunas páginas perdí el hilo del libro que tengo entre manos, pero he anotado algunas palabras en sus márgenes: *aplastante, derrota, escombros, ajeno, impertinente, olvido*. Lo dejo a un lado. No hay bulla alrededor. Las hojas de los árboles se mecen al viento con un arrullo de mar y se oyen también cantos de aves que permanecen ocultas entre el follaje espeso.

Luis ha empezado su propio ritual. Ha cubierto los pedazos de madera con hojas secas que recogió del patio y ahora el humo sube como un remolino hasta disiparse por completo. Se agacha y sopla, aviva una llama incipiente. Saltan las chispas y la madera crepita. Me acerco a él.

—No te vayas a quemar las cejas —le advierto con humor mientras le acaricio la espalda.

—La madera está húmeda. Por eso humea.

De pequeño le gustaba quemar objetos. Alguna vez me contó que, en la casa de su tía, donde se crio, se escondía en una zona árida del jardín en la que no crecían plantas para hacer sus experimentos. Quemó todo lo que halló a su paso: una manguera, el pedazo de una llanta reventada, piedras y ladrillos, su cuaderno de colegio, algunos insectos, un trozo de alfombra. Me lo imagino de piernas flacas, pecho angosto y mirada triste concentrado en reducir hasta las cenizas los vestigios de una infancia solitaria, de su orfandad, de sus padres negligentes, que lo hicieron crecer en una casa ajena.

Le doy una cerveza y choco el pico de su botella con la que traigo en la mano. Me guiña el ojo antes de dar un sorbo y siento el mismo cosquilleo de la primera vez, casi siete años atrás. Beso la manga de su camisa remangada y lo dejo con su fuego, mientras me alejo por el sendero que lleva al río.

El cauce está seco. Cuando llegue el verano y llueva, el río bajará cargado de piedras, lodo y basura. Anunciará su paso primero con un rumor lejano y luego con violencia, sin dejar espacio para nada más que su caudal. Pero esa furia será domada. Las acequias le robarán fuerza y conducirán el río, inofensivo, hacia los sembríos de uvas, higos y membrillos. Lo convertirán en agua útil.

No soy buena con los cálculos, pero le echo como trescientos metros de largo al camino de tierra. Desde donde estoy se puede ver el vacío que deja el río ausente entre los árboles y, al otro lado, los cerros. No recuerdo cuándo fue la última vez que miré tan largo. En Lima la mirada se corta de inmediato con un coche, un edificio, un cartel publicitario. No se puede mirar a la distancia.

*

Bastaron dos semanas para reconocer que lo de Luis daba para largo. Nos habíamos conocido tres años antes de empezar a salir, pero no hubo entonces ningún viso romántico. Él estaba con otra chica y yo con otro chico. Nos veíamos ocasionalmente, por amigos en común o cuando coincidíamos en las noches limeñas, tan escasas de variedad. Pero una vez nos hallamos los dos solos, compartimos el taxi de regreso y nos besamos apurados antes de que la noche empezara a clarear. Comenzamos a hablar todos los días. Nos enviamos canciones. Fuimos al cine y a caminar por el malecón. Intercambiamos libros. Cocinó para mí.

Salimos de fiesta. Una noche regresamos de la discoteca bailando por las calles y, antes de despedirnos, le pregunté si podía acompañarme a un lugar más. Estábamos a algunas cuadras de la casa donde crecí. Mi familia la había vendido para que en ella construyeran un edificio residencial y la demolición empezaría el lunes. Todavía tenía la llave.

Habían cortado la luz, pero en la penumbra se distinguían las telarañas que se

habían apoderado del lugar. Recorrimos la casa con las linternas del celular hasta llegar a mi habitación. Le conté a Luis que mi hermana y yo habíamos dormido juntas hasta que mi interés por leer de madrugada y el suyo por apagar la luz causaron diferencias irreconciliables. Entonces, mis padres construyeron sobre el patio un nuevo dormitorio para ellos y yo heredé el que había sido suyo. En la puerta de madera de esa habitación, mi papá había llevado por años el registro de nuestra estatura. Una vez al mes, mi hermana y yo nos parábamos descalzas contra la puerta y él marcaba un nuevo hito con un raspón y la fecha al lado. Sentí las marcas con las yemas de los dedos en la oscuridad, e inmediatamente me quité los zapatos y me puse erguida contra la puerta. Con la llave, Luis hizo una nueva marca, exactamente a la misma altura que la última vez. Nos besamos.

—¿Eso es lo que querías? ¿Ver si habías crecido?

—No… Lo que quería era darle a la casa un futuro —respondí, cursi y borracha.

Cuando llegamos al jardín, lo encontramos seco. En Lima no llueve y la mayor parte de las plantas depende del cuidado y riego constante. Le dije que me daban pena las que seguían vivas, que morirían a la espera de un agua que no llegaría. Entonces, Luis se acercó a la maceta de un crotón que no había perdido todas sus hojas, se agachó y, en un envión, la levantó hasta colocarla sobre su hombro. «Esta nos la llevamos, entonces», me dijo con los ojos vidriosos de las noches largas de fiesta. Lo besé. «¡Vamos, que pesa!». Iluminé el camino hacia la puerta de la calle para salir por última vez de la casa donde crecí.

*

No hemos hablado mucho durante el día y es casi hora de volver. Nada serio, en todo caso. Mucho de lo bien que le quedó la carne y algo de si tenemos el presupuesto suficiente para empezar un tratamiento de este tipo. El médico nos ha ofrecido un descuento generoso, pero aun así las medicinas son caras.

—Es una vez nada más y nos lo quitamos de encima. Ese es todo el cálculo que necesito hacer —le digo.

—Me preocupa que no sea una vez.

—¿Cómo no? Si no tenemos dinero para hacerlo más de una vez.

—El dinero se consigue. Lo que me preocupa es la puerta que estamos abriendo.

—Hacemos el tratamiento una vez y nos dan una respuesta definitiva. Sí o no. Con eso nos quedamos tranquilos: tratamos y no se pudo. Punto.

—Ya tenemos una respuesta. Ya tratamos y no se pudo. No podemos. Ese es un «no» bastante definitivo.

—Podemos tratar de otra forma… Tratar *tratar*, me refiero.

—Sí, y después podemos seguir intentando, eso es lo que me preocupa. Cuándo

parar.

—Una vez.

—¿No te vas a obsesionar con el tema? No quiero que seamos una de esas parejas que pasan años intentando, que toda su vida gira en torno a tener hijos.

—Una vez.

—Una vez.

*

Sueño que tengo relaciones con Luis. Me veo de espaldas sobre él, montándolo en busca del orgasmo. Estamos entregados al placer hasta que noto que hay alguien más en la habitación. Al pie de la cama, una enfermera sostiene a un crío. Nos tapamos con las sábanas que huelen a sudor y otras secreciones y le pregunto de quién es. «Su mamá ya no lo quiere», responde mientras me lo ofrece como quien pasa una bandeja de bocaditos. Lo tomo entre mis brazos y ella desaparece antes de que pueda hacerle la siguiente pregunta. Lo mezo con inquietud y lo arrullo como mi mamá me arrullaba a mí, con un canto sin voz que vibra entre la garganta y el oído, como si el sosiego se transmitiera por vibraciones en algunas especies. La pregunta que se queda atrapada en ese espacio sin palabras es si me lo tengo que quedar para siempre o si yo también lo puedo devolver.

*

Lo que sigue es firmar un contrato lleno de advertencias y peores escenarios (perforación de útero, hiperestimulación, sangrado), legalizar el documento ante un notario, comprar medicinas, ir a citas interdiarias con el médico, monitorear cómo responde mi cuerpo al tratamiento hormonal, sacar el dinero del banco y volver corrientes términos como blastocisto, mitosis, folículo, ovocito, Gonapeptyl, Pergoveris, progesterona y estradiol.

Nos piden también dar nuestra autorización. El escrito dice en su primer artículo que «declaramos acceder voluntariamente» al tratamiento. Me pregunto si eso es del todo cierto. No estamos decidiendo voluntariamente… Voluntariamente decidimos tener sexo sin protección; acceder al tratamiento responde, más bien, al fracaso de nuestra voluntad. Se siente más como estar entre la espada y la pared. Pero firmamos.

*

Me ha chocado descubrir, al leer el contrato, que el número de ovocitos de una mujer se define cuando ella misma es un embrión. Eso quiere decir que estamos

programadas para la reproducción incluso antes de existir. Y ese número es todo. No hay más. A lo largo de los años, en cada menstruación, vamos soltando uno por uno, del mejor al peor. Por eso la fertilidad decae con los años, por eso se eleva la tasa de abortos espontáneos en mujeres de más de treinta y cinco y hay más probabilidades de problemas cromosómicos en el embrión. Venimos al mundo con una carga vital y una fecha de expiración.

*

Cuando estaba en primaria, el colegio organizó una visita a la Feria del Hogar. Ese año, había una nueva atracción. Se llamaba Camila y era una escultura de mujer de ochenta metros de largo y dieciséis de alto. Estaba recostada de lado y tenía la boca abierta y sonriente. Por ahí nos hicieron entrar en filas de a dos para recorrerla por dentro e inspeccionar cómo funcionaba su organismo, que era también el nuestro.

Eran finales de los 90 y recuerdo ver la noticia de la instalación de la muñeca gigante en televisión. La toma se cerraba hasta concentrarse en la boca entreabierta de Camila, desde donde salía el reportero para decir: «La mayor virtud de la mujer más grande del mundo es que no habla. ¡Como esta, no existe!». Gran parte de los colegios de Lima recibieron con interés la noticia y organizaron paseos para sus estudiantes.

Camila tenía los dientes blancos y perfectos, y servían como antesala a su faringe. En lo alto, el cerebro se conectaba con alambres luminosos al resto del cuerpo. La columna se movía y dejaba ver cómo se articulaban las vértebras, el corazón latía y los pulmones se inflaban. Mi favorito fue el intestino, una pared acolchada que se retorcía en un laberinto. Pero la sorpresa venía después: Camila estaba embarazada. El útero estaba tomado por un feto de nueve meses y, cuando los grupos llegaban allí, se iniciaba el trabajo de parto. «Es hora de salir», dijo el guía y dirigió a mi grupo hacia la vagina. Salimos al mundo luego de cuarenta y cinco minutos de recorrido convertidas en hijas de un cuerpo gigantesco. Un cuerpo capaz de contener a las sesenta niñas de mi promoción y azuzar su imaginación compartiendo sus secretos.

Me pregunto ahora si también existió un Camilo, un muñeco hombre al cual se recorría y sobre el cual se decidía un destino. O si solo el cuerpo femenino se define por su utilidad. Después de todo, son nuestros cuerpos los que garantizan nuestra subsistencia.

*

He quedado con Mariafé en encontrarnos para caminar alrededor del parque. Nos conocimos en inicial y, desde entonces, vamos juntas. En aquella época vivíamos a

solo unas cuadras y por años nuestras madres se turnaron para recogernos del colegio. Cuando terminamos la universidad y decidimos independizarnos, nos mudamos juntas a una casita en una quinta, en la misma calle en la que ahora vivo con mi esposo y ella con el suyo.

Mariafé ha tenido cuatro embarazos. Todos terminaron en pérdida. Recuerdo que el primero lo compartió en el grupo de chat del colegio y lo celebramos. Cuando lo perdió, los mensajes no vinieron en grupo, sino individuales. La pena se comparte a cuentagotas. El segundo embarazo se lo contó solo a algunas, cuidando las expectativas y, sobre todo, las explicaciones posteriores que la obligaban a revivir la pérdida. Los dos embarazos siguientes no los compartió con nadie. Cuando tampoco funcionaron, recurrió a la fertilización asistida.

Le pido que me cuente cada etapa del proceso y cómo fueron sus resultados. Nuestros casos no son exactamente iguales (yo nunca he estado embarazada), pero el resultado sí: infertilidad. El tratamiento tampoco difiere: inyecciones, hormonas, monitoreo, *in vitro*. Me dice que es pesado; que te sientes mal y el desgaste se siente también en la relación de pareja.

—Nosotros hemos decidido tratar solo una vez. Si no se puede, no se puede.

—Lo que pasa es que siempre hay un método nuevo que probar —me advierte—. Y llega un momento en el que ya te has gastado tanta plata que no tiene sentido no invertir un poco más… Piensas que es mejor gastar diez más para no perder los cien que ya pagaste, ¿sabes?

—¿Cuántas van?

—Vamos a intentarlo por tercera vez.

—¿Volverías a intentar si no funciona?

—Tienes que estar en la situación. Si me pides una respuesta ahorita, racionalmente, diría que no. Pero la verdad es que no sé, es muy emocional. En el fondo, se trata de ganarle al tiempo. En mis tres extracciones, sacaron treinta y seis ovocitos. Solo dos eran «buenos». Eso quiere decir que hubiera podido tener tres años de embarazos y pérdidas.

Caminamos alrededor de un parque público, pero enrejado y lleno de restricciones: no se permiten mascotas, está prohibido celebrar cumpleaños infantiles, se ruega no pisar el césped. Hace cuarenta minutos andamos por el asfalto porque la reja que circunda el parque nos impide ingresar. Solo en ese espacio circular me es posible admitir que la posibilidad de ser madre me despierta pavor.

—A veces quiero que no funcione, que todo siga igual…

—Ajá…

—Pienso que si me dicen que no, sería un alivio… que podría ya quitar esa interrogante del horizonte y hacer otros planes.

—Yo pensaba igual: que iba a renunciar a mi trabajo, que podía tomarme un año

de descanso, que iba a viajar, meterme al gimnasio, mudarme a otra ciudad…

—Y que nadie podría cuestionar mi decisión…

—Ajá…

*

La primera noche que Mariafé y yo pasamos juntas en la casita (como la empezamos a llamar desde que la vimos y la seguimos llamando hasta ahora, aunque ya no vivo allí) nos emborrachamos. Fuimos a una bodega cercana y compramos un descorchador y dos botellas de vino. Fue nuestra primera compra conjunta y un grito de independencia. No teníamos muebles, así que nos sentamos en el piso y bebimos mientras conversábamos acerca de cómo queríamos decorar la casa. Pintaríamos algunas paredes de morado, otras de verde. Su papá le había ofrecido los muebles de su abuela, que eran blancos, y podríamos darles color con cojines. Yo me encargaría del patio. Quería que se sintiera como un jardín, con geranios rojos y arbustos que alumbraríamos con luces de navidad todo el año.

*

He vuelto a soñar con bebés. Bajo a la cochera y me encuentro ahí con mis amigas del colegio, cada una con su bebé en brazos. Me alcanzan uno, el mío, supongo. En ese instante me doy cuenta de que uno de esos bebés no vivirá. Y decido no encariñarme porque sé que será el mío.

*

La fertilización *in vitro* se inicia con la estimulación ovárica, una bomba de hormonas que empieza a administrarse en el primer día del ciclo menstrual con inyecciones subcutáneas en la barriga. Lo que se busca es engañar al organismo; reemplazar con ciencia lo que debería darse de manera natural. El organismo cae en la trampa y se sobreexige, desarrolla varios folículos ováricos, que contienen ovocitos. Más o menos al día catorce desde el inicio del tratamiento, los folículos alcanzan el tamaño idóneo y se programa una aspiración. No todos los folículos contienen ovocitos y en un 2 % de mujeres no se obtienen, incluso con el tratamiento. No hay nada que garantice el éxito del procedimiento. Es una ruleta. Algunas mujeres logran el embarazo al primer intento; otras salen embarazadas espontáneamente, cuando ya renunciaron a los tratamientos de fertilidad; a otras no les funciona y entonces se abren nuevas posibilidades: adopción, donación ovárica o una vida sin hijos.

*

Le temía al tratamiento, a las hormonas, a que mi organismo no supiera resistirlas. Que complotara contra sí mismo, como antes lo había hecho.

Me explico. La primera vez que tuve una infección en los riñones estaba en primaria. Había sentido ardor al orinar y no dije nada hasta que, antes del recreo, me subió la fiebre de pronto y me dio tembladera. La enfermera del colegio me dio un algodón con alcohol (su método curativo para todos los males) y mi mamá pasó a recogerme. Me diagnosticaron una infección por Escherichia coli, una bacteria que vive en nuestro organismo y que me atacó dos veces más después de aquella, una en la adolescencia y otra en la adultez.

Esa última fue la más grave. La quemazón al orinar y los temblores febriles me valieron un ingreso hospitalario por emergencias. El médico de turno me dio suaves golpes en la espalda baja y me retorcí de dolor. La infección había llegado a los riñones y debía internarme de inmediato.

La segunda noche en la clínica me despertó un dolor punzante entre el pecho y la boca del estómago. Soñaba que la camioneta en la que viajaba se había averiado y necesitaba cargarla para despejar la vía. En mi sueño, me ponía de cuclillas y, confiando en la fuerza de mis piernas, intentaba levantarla. El peso era demasiado y me desgarraba el cuerpo, que se abría en una herida expuesta. Desperté con las rodillas pegadas al pecho y con la respiración agitada. Inhalaba en caladas cortas y aceleradas, y cualquier intento de aspirar más hondo se interrumpía con un puñal por la espalda. Toqué el timbre que estaba en la cabecera de mi cama y, al cabo de unos minutos, entraron dos enfermeras en mi habitación. Me ayudaron a sentarme y me pusieron oxígeno. No sé si me inyectaron algo, pero me estabilizaron.

Antes de las cinco de la mañana, irrumpieron nuevamente en el cuarto para sacarme sangre. Extendí el revés del brazo izquierdo, donde antes había tenido una vía, pero la enfermera le dio vuelta. Para medir el nivel de oxígeno en la sangre, esta debe venir de las arterias, no de las venas. Necesitaban el dorso de mi mano. Me pincharon a la altura de la muñeca y giré mi cara hacia la pared. Dolía. Siguieron otras pruebas. Recuerdo que, al finalizar un electrocardiograma, el doctor me regaló una foto de mi corazón. Recuerdo también una tomografía y a la doctora señalando un punto insignificante en la imagen difusa de mis pulmones. Diagnóstico: embolia pulmonar.

—¿Tomas pastillas anticonceptivas?

—Sí —respondí. Había empezado a tomarlas a los veintiún años.

—Déjalas. En algunas mujeres causan trombosis. A partir de ahora, no uses ningún método anticonceptivo hormonal.

Por eso, cuando supe que el tratamiento de fertilidad era hormonal, lo tomé como

una batalla perdida. Estaba segura de que sería una carga muy pesada para mí, una sentencia de muerte. Se lo mencioné al médico y este me aseguró que tomaríamos precauciones, que en su parecer la embolia había sido un evento episódico, que no había ningún indicador en los exámenes que señalara un riesgo. Había que monitorear, eso sí. Si veía algo anómalo, interrumpiría el tratamiento.

*

Las consultas para evaluar cómo responde mi cuerpo al tratamiento son interdiarias. No me gusta esperar dentro del consultorio (no quiero que me vean en ese espacio que no permite malinterpretaciones), así que cada vez que voy aviso en recepción que esperaré en el patio hasta que sea mi turno.

Esta vez, busco refugio bajo la sombra del único árbol del patio. Pienso en cómo no se me ha ocurrido traer un libro para hacer de este un tiempo útil, pero reparo en que he dejado de leer como antes. Solo tengo mi teléfono y un cuaderno que me rehúso a reemplazar por una agenda digital, sobre todo porque encuentro satisfactorio hacer listas de tareas y tachar las que cumplo. Combino los pendientes laborales con los personales, y son estos los últimos en tacharse. Pero ahora no tengo prisa en el trabajo, así que arranco la hoja de pendientes, la arrugo e intento encestar en un tacho que está unos metros más allá. Fallo, pero no me levanto a recoger el papel. Ya habrá tiempo.

En una hoja en blanco, empiezo a escribir. También he perdido esa costumbre. Escribo, claro, pero por trabajo: comunicados, artículos, correos, informes. Entonces decido rebelarme contra la traición hacia mí misma e intento escribir algo, cualquier cosa. Describir el árbol que me guarece, por ejemplo, con la única intención de poner algo en marcha. Leo las primeras líneas y se sienten ajenas, están impregnadas de un tono institucional del que no consigo despercudirme. Arranco también esa página para eliminar cualquier testimonio de mi fracaso y me pongo de pie para echarla a la basura, junto con la otra, que recojo.

A pesar de mi prevención para no encontrarme con nadie, sucede. Nos conocemos desde niñas. Recuerdo pasar tardes enteras en su casa jugando a ser las madres de nuestras muñecas. Ella tenía lo necesario para atender a un bebé de verdad: pañales descartables, leche en polvo, crema para las escaldaduras, ropones, biberones, colonia Johnson. Me producía hastío sanar escaldaduras inexistentes. Prefería trepar árboles, recolectar hojas, matar pulgas, patear pelotas, regar el pasto, cazar caracoles, preparar sánguches de pétalos, colorear fotografías antiguas, inventar historias en la máquina de escribir de mamá.

Me reconoce de inmediato y se acerca. «¿Estás aquí para…?», pregunta a la vez que dirige su mirada hacia mi vientre. El gesto completa la frase. «El doctor hace

milagros», me asegura. Me cuenta que ella tuvo su primer hijo gracias a él. Conversamos por algunos minutos e intentamos ponernos al día de los últimos treinta años. Constatamos que tenemos poco en común, más allá de la infancia y la infertilidad. La enfermera dice mi nombre desde la ventana y lo siento como un salvavidas. «Llámame si necesitas hablar», me dice al despedirse. No la llamé, pero entendí que ahora jugábamos el mismo juego.

*

Cuando era niña no tenía hoyitos en las orejas. Mi mamá me contó que intentaron hacérmelos en la clínica, cuando nací, y que ese fue mi primer desmayo. La enfermera se aterró cuando me puse morada dando señales de asfixia hasta que perdí el conocimiento. Tenía el espasmo del sollozo y, cuando lloraba, dejaba de respirar y perdía la conciencia por algunos segundos. Todavía recuerdo algunos llantos reprimidos por el miedo que producía la asfixia.

Mis padres intentaron perforar los lóbulos de mis orejas en varias ocasiones después de aquella, pero cada intento terminaba en una tibia hinchazón que supuraba pus. No usar aretes era una condición que propiciaba confusiones: las personas pensaban que era un niño. Alguna vez, incluso, un adulto al que veía por primera vez se dirigió a mí añadiendo un diminutivo al nombre de mi padre y no lo corregí. Cuando me preguntaban por qué no usaba aretes, yo respondía «por la pus». Aun así, por mis cumpleaños o en navidad recibía aretes como regalo. Yo los miraba, inalcanzables, y me resentía pensar que lo más probable era que los terminara usando mi hermana, con sus agujeros consolidados, y no yo.

Un par en particular despertaba mi envidia: eran unos aretes colgantes con dos dados diminutos. Los cubos eran negros y, en cada uno de sus lados, se dibujaban los valores con puntos blancos. Le rogué a mi mamá que intentáramos una vez más. Un hielo, un corcho y una aguja eran los implementos necesarios para perforar la piel de fruta de mi oreja. La operación fue exitosa y ese día pude usar mis aretes de dados que iban cambiando de suerte con cada salto. A los pocos días yo misma descubrí que se habían infectado y, aunque al inicio traté de ocultarlo y pasar por alto el dolor, pronto fue evidente que tenía que renunciar a la coquetería. Mi mamá colocó los aretes en un joyero y me prometió que los guardaría para mí, para después, para cuando los pudiera usar.

Debo haber tenido diez años cuando una tarde, en un centro comercial, mi papá y yo nos separamos de mi mamá y mi hermana, cansados de recorrer tiendas. La promesa era comer un helado mientras esperábamos, pero nos encontramos con un puesto que hacía perforaciones, *piercings*. La novedad era que se hacían con pistola y en un solo golpe, a diferencia del lento y doloroso ritual del hielo y la aguja.

«¿Todavía quieres usar aretes?», preguntó mi papá. Sí, quería.

Sacaron un catálogo con varios modelos. Elegí unos dorados en forma de corazón. El palo mismo del arete era puntiagudo y funcionaba como una aguja. Me senté en un banco y limpiaron con alcohol los lóbulos de mis orejas, protuberancias carnosas y suaves, perfectas para ser mordidas. Unas manos de látex marcaron un punto con yodo en el lugar donde irían los corazones y me alcanzaron un espejo para verificar que ahí los quería. Luego, vi la pistola que, más que eso, parecía un engrapador. Colocaron a un lado el arete y, al otro, su tuerca. Mi oreja, al medio. «¿Lista?», preguntó la mano de látex. «Voy a contar hasta tres y luego vas a sentir un dolor que pasará rápido». Dijo uno y disparó cuando llegó al dos. Sin darme tiempo de recuperarme, perforó la segunda oreja. Estaba preparada para el dolor, pero no para el sonido que lo acompañaba: pude oír las fibras de mi oreja desgarrarse. El dolor no fue corto. Mis orejas enrojecieron y empezaron a hincharse. Mi cara se puso tiesa. Mi papá, que había supervisado cada paso del procedimiento, me preguntó si estaba bien y dije que sí con una mueca rígida. Entonces, me alcanzaron un espejo y vi los corazones sangrientos y permanentes. El helado posterior no calmó el infierno que empezaba a arder en esa parte de mí que nunca volvió a estar entera.

*

Recostada sobre la cama, me levanto la camiseta hasta la altura del pecho. Alguien canta en la televisión y sorprende al jurado de un *reality*, pero mi mirada está clavada en la mancha del techo que dejé al matar un zancudo que se alimentó de mí.

Mi esposo limpia mi vientre con un algodón empapado en alcohol y coloca la aguja en la jeringa. Lo primero es mezclar el medicamento con el disolvente. Lo hace despacio, sosteniendo los envases a la altura de sus ojos y a contraluz. Arruga el entrecejo y aprieta los labios. Luego, cambia esa aguja por una nueva, más pequeña, apenas un alfiler. Mide dos dedos de distancia desde mi ombligo. Primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha, hasta que define un punto. Sin perder de vista esa marca imaginaria, acerca la pequeña aguja a mi piel y, en el instante en que va a clavarla, aspiro entre la lengua y los dientes laterales, y emito el sonido sordo que hacemos los adultos cuando anticipamos el ardor de una herida. Lo desconcentro y me mira con desaprobación. Me río de mi propio chiste, varias veces le he dicho que no me duele esa inyección, pero él reclama seriedad.

Seriedad, como si se tratara de un asunto de vida o muerte.

De vida, sí. Pero no de muerte.

«No mires», me dice. ¿Por qué no mirar? Y miro. Veo la aguja penetrar mi piel y el dedo de mi esposo empujar el pistón hasta que aquel líquido cargado de hormonas desaparece dentro de mí. Mañana aparecerá un moretón minúsculo y se sumará al

rosario de marcas oscuras que se ha formado alrededor de mi ombligo.

*

Llevábamos un mes saliendo juntos cuando Luis y yo nos fuimos de viaje a una playa de nombre premonitorio: Los Órganos. Alquilamos una cabaña con vista al mar, con una cama, un ventilador y un espiral que encendíamos por las noches para ahuyentar a los mosquitos. Caminábamos largo por la orilla desierta cada mañana y al atardecer nos bañábamos en el mar templado del Norte y nos preguntábamos si todavía funcionarían las dragas que salpicaban el horizonte y que alguna vez sirvieron para extraer petróleo del fondo del océano.

Cada tarde, antes de que el sol se ocultara, rastrillábamos la arena en busca de maderos secos para encender la fogata de noche y cocinar algo en una parrilla que Luis improvisó con una rejilla de metal. La búsqueda de maderos y pajas inflamables se convirtió en una especie de competencia durante el viaje. Nos enorgullecíamos de nuestros hallazgos y nos felicitábamos mutuamente cuando encontrábamos un tronco que sabíamos que iba arder por horas. Al cuarto día, hallamos una ruma de maderos secos que bastarían para calentarnos en las noches que quedaban y festejamos con un fuego desmedido. Conversábamos frente a la fogata con los rostros ruborizados por el calor y la luz naranja de la hoguera. Todos los temas eran nuevos, no sabíamos nada el uno del otro.

Fue ahí que hablamos por primera vez sobre tener hijos. No sé si fui yo o él quien planteó el tema, pero coincidimos en la respuesta vaga, temerosa, prematura. Alguna vez. Quizás. Más adelante. Después. A lo mejor. A lo mejor no.

Esa misma noche vimos el mar iluminarse. Luis me preguntó si yo también lo había notado y le dije que no. No estaba segura. Permanecimos callados unos minutos, mirando fijamente el océano oscuro. Buscábamos en el remezón de las olas que reventaban en la orilla. De pronto lo vi. Una ola larga y resplandeciente se encendía al estallar en la arena peinada por el mar. Luminiscencia marina. Nos pusimos de pie inoculados por un nuevo entusiasmo y nos apresuramos hacia la orilla como polillas hacia la luz. Las olas explotaban en chispas azules, doradas, efímeras a nuestros pies. Entonces me quité la ropa y, desnuda, tracé la línea: «Me meto si tú también». Él se desvistió y, agarrados de la mano, nos zambullimos entre las olas luminosas, haciendo aspavientos para que la fosforescencia nos envolviera.

*

Luis y yo hemos tenido relaciones por primera vez desde el diagnóstico y he sentido pena después de venirme.

*

Hago lo posible por no mirar el teléfono o prender la televisión cuando no puedo dormir. Intento cerrar los ojos, poner la mente en blanco, pero mis ideas son obstinadas y se arremolinan en la oscuridad, me sacan del sopor, me empujan a la soledad del insomnio. Entonces me doy por vencida y cojo el teléfono. Busco desde cuándo se trata la infertilidad.

Para mi sorpresa, veo que empezó a tratarse desde el siglo V a. C. Los primeros registros se dan en Grecia, en un templo que curaba por intervención divina distintos males. El edificio está rodeado por inscripciones en piedra que dan cuenta de las curas milagrosas y la devoción de las gentes. A veces con recetas cercanas a la práctica médica y otras con métodos sobrenaturales, en el templo de Epidauro los creyentes se habían curado de parásitos, mordeduras de bestias, heridas hediondas, dolores de cabeza, piojos, pus y tumores. Y de infertilidad.

Las inscripciones son mínimas, apenas dan detalles de quiénes eran los pacientes y qué males los aquejaban. Un puñado de mujeres acudieron al templo por ser infértiles. Sobre ellas se dice, por ejemplo: «Nikasiboula de Mesene, concerniente a hijos. Durmiendo acá tuvo una visión en sueños. Le pareció que el dios vino trayendo consigo una serpiente que se arrastraba a su lado y que tuvo sexo con ella. A raíz de esto, nacieron, en el transcurso de un año, mellizos».

La mención es escueta pero basta para que mi imaginación reconstruya su historia. Cuando logro conciliar el sueño, su periplo se mezcla con el mío. Reconozco en ella la vergüenza que implica no poder cumplir con el rol reproductor. Quizás ese sentimiento o la reprobación de su marido la llevaron a viajar por carreteras de barro, casi hasta llegar al mar Egeo. En mi sueño, voy sentada a su lado, pero ella no puede verme. Quizás ella soy yo. Escuchamos juntas rumores sobre otras mujeres que han sido curadas en el santuario del Peloponeso.

En los pueblos se hablaba de una mujer de Ceos que, durmiendo en el templo, vio en sueños a una serpiente echarse sobre su estómago y luego parió cinco hijos; y de otra, que viajó desde Trecén, a quien se le apareció el dios para preguntarle si quería una hija hembra o un varón. Al cabo de un año, tuvo a su primer hijo. Una tercera mujer, de Pelene, llegó a Epidauro para pedir una familia. Esa noche, tuvo una visión: el dios Asclepio le decía que podía hacer por ella lo que deseara. Ella respondió que lo único que quería era concebir una hija. Su embarazo duró tres años y solo terminó por intervención divina, tras una segunda visita al templo.

Cuando Nikasiboula llega al santuario con el único pedido de parir una descendencia, ya somos una. Un mismo deseo que atraviesa los tiempos. Miramos a los alrededores antes de confesar a media voz por qué estamos ahí: «Concerniente a niños». Un discípulo nos escolta al ábaton donde se alojan los devotos que esperan

consejo divino. Debíamos pasar ahí la noche, pues el dios no aparecía en la vigilia. Las inscripciones del templo incitarían la visión, la cura milagrosa. Debía, entonces, concebir el sueño dentro de mi sueño, vencer dos veces al insomnio.

Nikasiboula cae dormida y ve a un dios. Sabe que es Asclepio porque carga el báculo con una serpiente enrollada. Queda paralizada al ver al reptil arrastrarse a su lado y luego al dios de la medicina ordenarle tener sexo con ella. El método es eficiente y Nikasiboula concibe mellizos como fruto de ese encuentro. Su historia se inscribe, junto a las otras, en piedra caliza.

Me despierto pensando qué sanciones traería entonces ser infértil. Más aún, me pregunto si realmente las mujeres de las inscripciones epidaurianas lo eran. Si acaso en el templo los sueños de serpientes representaban en realidad un servicio de fecundación que, bajo el manto onírico, preñaba a mujeres fértiles de esposos que no lo eran. Me pregunto si ser mujeres las obligaba a ellas a cargar con el estigma.

*

Les he contado a algunos amigos lo que pasa. Luis no se lo ha contado a nadie. No lo ha hablado ni con su familia. Lo sé porque el domingo, en la visita de costumbre, su tía me preguntó cuándo íbamos a tener hijos y él calló. Yo sonreí por cortesía y busqué hacer contacto visual con él, pero desvió la mirada. «Sería lindo», insistió ella, pero yo ya me había encargado de desviar también la conversación.

*

¿Soy un cliché? La mujer que, cuando se acerca a los cuarenta, se apura por ser madre cuando nunca antes lo quiso. Por si me arrepiento. Por si a los cincuenta quiero un hijo y ya es muy tarde. Por si acaso. ¿Por si acaso qué? ¿Va a aparecer de manera espontánea lo que no existe?

Una vez, un chico con el que apenas salí me preguntó si quería ser mamá. Tenía veintitantos años y le dije que no. «Ya vas a querer», me dijo con soberbia. Un imbécil condescendiente. Pero ser mujer es estar continuamente expuesta a ese escrutinio. La peluquera, tan solo la semana pasada, me preguntó si tenía hijos. Le dije que no y respondió: «Ah, todavía», y me clavó un pendiente.

Lo cierto es que ahora me inyecto por las noches «por si acaso» y a veces quiero que funcione… y muchas otras que no. Se lo dije a Luis: «¿Sabes? Siento que el mejor de los mundos es hacer el tratamiento y que no se pueda. Tratar pero que nada cambie. No ser mamá y sin reproches, nadie me va a poder decir nada. ¿No te pasa?».

No solo no le pasaba. Me dijo que nadie me estaba presionando por tener hijos, que si lo que sentía era culpa mejor que invirtiera ese dinero en ir a terapia, que podía

decirle a quien sea que habíamos decidido no hacerlo y eso estaba bien, que no entendía por qué me estaba sometiendo a ese tratamiento si no quería. «En serio, si eso es lo que sientes, mejor detenemos el tratamiento ahora mismo».

Quizás él no conocía la profecía que anunciaba que iba a querer.

Quizás no sabía del escrutinio.

Quizás no sabía que esas respuestas no son tan válidas para una mujer. Que cuando dices que no quieres, no se te cree, que se duda de tu juicio y de tu madurez.

Que a veces es mejor ser víctima de tu cuerpo que dueña de él.

Que hay algo reconfortante en la autocompasión.

*

Mariafé ha mandado un libro a mi casa con una nota que dice: «Espero que te ayude a llevar este proceso». Está dirigido a mujeres con problemas para concebir, como nosotras. Lo hojeo más por curiosidad que por pensar que pueda ayudarme (¿necesito ayuda?). De todas maneras, tiene un tufillo de autoayuda que me crispa, aunque intento no ser prejuiciosa.

La autora es una psicóloga que también ha recurrido a la reproducción asistida. Leo el prólogo: «Mente, cuerpo y espíritu deben estar en equilibrio para poder lograr ser madre», dice antes de compartir que fue solo cuando un sacerdote le dijo que «la maternidad empezaba en la cabeza, terminaba en el corazón y se plasmaba en el vientre» que entendió que le faltaba «el anhelo de querer ser madre». Lo abandono. Más que ánimos me da rabia.

¿Es, acaso, un tema de voluntad? ¿Por qué, entonces, nos sometemos a un tratamiento tan invasivo y costoso? ¿No era una manera de culpar a la mujer si el tratamiento no funcionaba? ¿De señalar que hay algo intrínsecamente malo en ella, en su cuerpo, en su mente? ¿De poner en juicio su deseo? ¿Puede una estar tan segura de lo que quiere, sin dudar un segundo, sin sentir miedo, sin pensar que quizás no funcione? ¿Qué tiene que ver dios en el asunto? ¿Te premiaba luego de una procesión de inyecciones autoimpuestas con un fruto en tu vientre? ¿Era, acaso, el mismo dios de la serpiente?

Yo dudo. Me lo pregunto todo el tiempo. Y no hay hormonas de refuerzo para la voluntad.

*

Prefiero acompañar el tratamiento con un libro de Sheila Heti, *Maternidad*. En él, la protagonista se pregunta constantemente si quiere o no tener hijos. Está en una relación estable, sus amigas cercanas son madres y ella tiene una situación laboral que

le permite hacerse cargo de los gastos que conlleva la maternidad. Bordea, además (como yo), el punto de no retorno: los cuarenta años. No puede postergar más la decisión. Me he entregado de lleno a la lectura. Si no puedo sentarme a leer con calma, por lo menos hago pausas cortas para avanzar un par de páginas. Voy marcando con una línea las partes que más resuenan en mí, que no son pocas. Sus palabras dan forma a mis balbuceos.

Como la pregunta sobre la maternidad no tiene respuestas inequívocas, la protagonista lanza una y otra vez una moneda que, como un oráculo, le va dando respuestas y guiando sus reflexiones. Es claro que ella elige qué preguntar, cómo formular las preguntas y en qué momento las respuestas afirmativas o negativas de la moneda la dan por satisfecha, pero el ejercicio le permite profundizar en sus reflexiones y dudas. En ese ejercicio, lanza una vez más la moneda y se produce este diálogo:

¿El arte es algo vivo, es decir, mientras se está creando? ¿Tan vivo como todo a lo que calificamos de vivo?

Sí.

¿Sigue igual de vivo cuando se encuaderna en forma de libro o se cuelga en una pared?

Sí.

Por lo tanto, en el caso de una mujer que crea libros, ¿puede el universo eximirla de crear ese ser vivo que llamamos «niño»?

Sí.

Un hijo como un acto creativo.

Escribir para sobrevivir.

Crear un hijo que se meta en otras pieles como las espinas de una planta que se defiende de las plagas.

*

Cuando mi hermana y yo nacimos, mi madre hizo un álbum de fotos para cada una de nosotras. En mi primera fotografía se ve a mi mamá sobre la cama de la clínica, con una bata celeste y algunos equipos médicos alrededor. Unas manos sin rostro me sujetan a su lado, con un parche en un ombligo recién cortado y la cara deformada por un llanto con el que declaro mi abrupta existencia. Al lado de la foto, hay un mechón de pelo cortado de mi cabecita casi calva, un certificado que dice que nací un jueves a las 12:32 p. m. y la estampa de mi huella del pie. La huella de quien nunca anduvo, me gusta pensar. La primera página del álbum de mi hermana es muy similar, apenas cambian los datos y el color del mechón de pelo.

Hay una foto de mi álbum que me gusta particularmente, tanto que la mandé a imprimir en un polo para regalársela a mamá. En ella, estamos mi hermana y yo

sentadas en el jardín de la casa de mi abuela junto a un dóberman manso y paciente con los niños que descubren recién a las mascotas. Ella lleva una trenza alta coronada por un lazo y el pelo jalado y pegado al cráneo; tiene un vestido rosado con una casita hecha de botones en el pecho, pantis blancas y zapatos de charol. Está arrodillada en el jardín y se inclina hacia el perro con las manos entrelazadas, apoyadas sobre las rodillas. Yo llevo el pelo corto y rizado, sin adornos, y un conjunto de pantalón y polera verde. A diferencia de mi hermana, no había un ritual más tortuoso para mí que el del peinado, y las medias pantis me daban comezón. Siempre fuimos distintas.

*

Recuerdo el día en que a mi hermana le bajó la menstruación con tanta claridad como el día en que me bajó a mí. Me encontraba jugando en las escaleras de la casa. El juego consistía en bajarlas sentada, dando botes entre peldaño y peldaño. Me estaba alistando para dejarme resbalar hasta el primer piso, cuando mi mamá se acercó y me dijo al oído: «A tu hermana le vino la regla». Me alejé de ese secreto como de una superficie candente. «Eso significa que ya puede ser mamá», dijo mi madre tratando de atribuirle valor a una situación que me daba pavor. Me abracé a la baranda y empecé a llorar. No quería que mi hermana fuera mamá: eso era cosa de mamás y no de hermanas.

El resto del día, mi hermana y yo no hablamos. Un hiato entre nosotras. Por la tarde, cuando nadie me veía, busqué en su cajón de ropa interior otros testimonios del cambio. Hallé toallas higiénicas, me probé su sujetador y me eché su desodorante.

Cuando me vino a mí, me cambié tres veces antes de decirle a mamá que «no sabía qué estaba pasando», que se estaba manchando mi calzón. Por alguna razón, las dos primeras veces pensé que me había hecho caca y había lavado esa mancha marrón opaco en el caño antes de meter las bragas en la ropa sucia. Sabía lo que significaba. Al día siguiente, mi mamá me despertó para ir al colegio pero me dijo, cómplice, que si quería podía faltar por estar enferma. ¿Estaba enferma? Me dijo que así se decía, mientras escribía una disculpa para la profesora en mi cuaderno de anotaciones.

En adelante, hice lo posible por ocultar los cambios en mi cuerpo, pero aun así sucedieron. Dejé de dormir boca abajo porque el dolor causado por el crecimiento de mis pechos era insoportable. Me miraba en el espejo y podía ver un chupón inflamado en la llanura que antes era mi pecho. Era un crecimiento dispar, una protuberancia incómoda. El seno izquierdo se apuraba ante el letargo del derecho. Empecé a usar un sostén deportivo que me ajustaba de más y servía para aplanar los tumbos que me empujaban hacia un horizonte ineludible.

*

Me pregunto qué hubiera hecho mi hermana si fuera ella quien no pudiera tener hijos. ¿Hubiera dudado de empezar un tratamiento? ¿Hubiera aceptado óvulos ajenos? ¿Cuántas veces estaría dispuesta a inyectarse la barriga? Siento alivio al pensar que fui yo.

*

El médico está retrasado en su agenda y espero mi turno, como acostumbro, en el patio. Me recuesto contra la pared, cierro los ojos y levanto el mentón buscando los rayos de sol que atraviesan las ramas del árbol; los siento calentar mi piel. Llamo a mi mamá para pasar el tiempo (siempre la llamo en los momentos de tránsito: cuando manejo, cuando hago cola en el súper, mientras espero que hierva el agua para el café, cuando espero que me vea el doctor para convertirme en mamá yo también). Le cuento que estoy esperando la consulta, que hoy me toca una ecografía. Me pregunta si sigo con las inyecciones y le digo que sí. Entonces me dice que ella la pasó mal cuando estuvo embarazada. Como tenía riesgo de pérdida, tuvo que hacer la mayor parte de sus embarazos en cama. Le pregunto por qué me dice eso. «Para que sepas que para mí también fue difícil», dice. «¿Y valió la pena?», le pregunto con sorna. «Nunca había leído más que en esos meses», me la devuelve.

*

El primer embarazo de mi mamá duró solo seis meses. Su primer hijo, el único hombre, nació antes de tiempo y de emergencia. Mi mamá cuenta que tenía el mentón partido, como mi papá, y que nunca lo cargó porque pasó todo el tiempo que vivió en una incubadora. Las monjas que trabajaban en la clínica lo bautizaron de emergencia para evitarle el limbo cuando era claro que ese cuerpo prematuro no iba a poder sobrevivir (y cuando el limbo aún existía) y le pusieron de nombre José. Nadie en mi familia se llama José y estoy segura de que mi papá hubiera querido que se llamara como él.

En su velatorio, llamaba la atención el ataúd, tan solo un poco más grande que una caja de zapatos. Mi papá lo cargó solo en el entierro.

Casi quince años después, cuando murió mi abuela, mis papás utilizaron esa visita al cementerio para llevarnos a conocer su nicho. Recién entonces noté que había muerto un 9 de marzo, el mismo día que mi hermana nació un año después. Ese día también, frente a su tumba, escucho a mis padres referirse a él como «Pepito» por primera vez.

*

El tratamiento es más agresivo conmigo que con Luis. Si lo mío son las inyecciones diarias, las ecografías intravaginales, y la hinchazón y cólicos; a él lo han puesto en un régimen de masturbación interdiaria que lo ayude a mejorar la movilidad de sus espermatozoides. Digamos que más que un tratamiento, es un entrenamiento. Le he preguntado si está siguiendo el régimen y se ha molestado conmigo. No lo hice con ánimos de fastidiarlo con una broma, aunque seguramente él anticipó que sí tenía un par de preguntas de seguimiento que venían con ángulo (como si lo hacía pensando en mí o «cómo veía a los muchachos»).

El médico le recetó también unas pastillas, una mezcla de maca y vitaminas a las que llamaba «Flash». Además, le había recomendado hacer ejercicio para vigorizar el organismo, como salir a correr o hacer pesas (eso sí me consta que no se hizo). Por último, le había hecho una orden para inyectarse dos dosis de vitamina C antes del día en que tenía que entregar su esperma para la fecundación.

Cuando llegamos al consultorio por la dosis de vitaminas, nos hacen pasar a una sala donde se atienden los esposos. A diferencia de las salas en que me atiendo yo, decoradas con fotos de bebés sonrientes, mujeres sosteniendo sus vientres en tierna contemplación y retratos de familias felices, esta sala luce únicamente fotos de espermatozoides. Grandes, rápidos, fuertes, vigorosos, *flash*. No caben romanticismos en su labor como reproductor.

*

Después de la pérdida de Pepito, nació mi hermana, de tal forma que, cuando mi mamá se embarazó de mí, las expectativas iban por un varón. Tendrían una parejita y yo llevaría el nombre del padre. Pero nací mujer y me llamo como ella. Mi mamá pensó que mi papá se sentiría decepcionado y, al verlo entrar a la sala de parto, le anunció con algo de culpa que era niña. Mi papá respondió: «Sí, qué lindo, es mujercita».

*

Me gusta repasar la biblioteca de papá. A pesar de que no la renueva con frecuencia, de cuando en cuando me doy con una sorpresa, un libro que antes ha pasado desapercibido y que descubro entre los lomos avejentados por el sol. Esta vez me llaman la atención los textos de medicina de mi abuelo. Saco uno del estante y me hace gracia notar que marco mis lecturas como él, con lápiz y una línea vertical al lado de los párrafos importantes. Debo haber recogido esa práctica de modo inconsciente.

Continúo repasando el librero y me detengo en un título que veo por primera vez.

Uno de los *Tratados hipocráticos* está dedicado a las mujeres infértiles. Lo tomo y lo abro al azar. Leo: «Después de una fumigación general de todo el cuerpo, que beba un purgante y se limpie por arriba y por abajo. Luego, deberá beber leche de burra y fumigar la matriz por medio de una caña, dos días con orina putrefacta de mujer a la que se añadirá nitro, y un tercero con orina de vaca. Al cuarto o quinto día, triturar simiente de hinojo, hojas de saúco, laurel y serrín de ciprés, y cocerlo todo añadiendo agua».

Cierro el libro, pero mantengo mi dedo índice atrapado dentro, no quiero perder la página. Busco cuántos años me separan de las dolencias de las mujeres estériles que se trataban con orina putrefacta y no con inyecciones subcutáneas. El prólogo dice que la mayor parte de los escritos son del siglo V a. C. Vuelvo a la página del tratamiento: «Mezclar aceite perfumado de mirra, mantequilla, grasa de ganso, médula de ciervo, resina y aceite de almendras amargas; mezclar la misma cantidad de cada uno, fundirlos y aplicarlos en un trozo de lana de Mileto suave con abundante pelo». Las mezclas se introducen por la vagina, según indica el tratamiento. Me salto varias líneas, pero retengo algunos ingredientes de la receta: «cinco escarabajos trigueros», «bilis de toro», «comino etíope», «grasa de pato».

Me adelanto hasta el final del procedimiento, que me hastía: «Realizada la fumigación, triturar al día siguiente un testículo de castor, añadir vino blanco, amasar con ayuda de una sonda, envolverlo en un trozo de lana y aplicarlo en pesario por la noche. Por la mañana, que se lo quite y, con los genitales ya ablandados, que se una a su marido; después del coito que no se mueva. Si no se queda embarazada enseguida, que vuelva a aplicarse el mismo pesario y se una a su marido. Conviene comenzar con los remedios cuando baje la regla y, una vez que termine, que la paciente se acueste con su marido después de aplicarse el pesario de la concepción. Pero en el período anterior a esto, la mujer no debe acercarse mucho a su esposo ni él a su mujer».

Me pregunto si alguna vez una mujer fumigó su cuerpo y lo purgó con bilis de toro y mirra; si trituró escarabajos trigueros y bebió leche de burra; si se bañó en orina putrefacta y se embadurnó con grasa perfumada; si se aplicó los pesarios por las noches y se ablandó los genitales. Si, después de eso, se limpió con agua caliente y se acercó a su marido para concebir a sus vástagos.

Me pregunto si intentó con este o alguno de los otros tratamientos que se utilizaban hace miles de años y de los cuales da cuenta este tratado. Si, quizás, cuando el tratamiento fallaba se le señalaba a ella, a que no cumplió un paso con precisión.

Me pregunto cuántas de ellas murieron a causa de infecciones horrendas.

Me pregunto si desciendo de alguna de ellas y dónde conseguir testículos de castor.

*

Por la frecuencia de los controles, he tenido que pedir días libres en el trabajo. A pesar de que hago teletrabajo, cumplo con un horario estricto, entre reuniones de equipo y planeamiento, y necesito un espacio para desconectarme. Los demás días, me las arreglo: concentro las reuniones en la mañana y me pongo al día con los correos por las noches. Pero ahora estoy atorada en el tráfico y solo pienso en los pendientes. Golpeo el timón y sollozo en seco, gruño. Quiero interrumpir el tratamiento. Si no puedo hacerme tiempo para ir a la consulta, ¿cómo voy a cuidar a un bebé? Pienso en el libro de Mariafé y en mi fracaso inminente.

*

He discutido con Luis. No recuerdo cómo empezó, pero le he echado en cara que no se lo ha contado a su familia y me ha respondido que «ellos no hablan de esos temas». He sentido una ebullición antes de estallar: «Entre ustedes no, pero conmigo sí. Así que hazme el favor de decirles porque como me pregunten cuándo vamos a tener hijos les voy a responder».

*

Hace un par de días siento una hinchazón en el vientre bajo y un cólico persistente. Me descubro acariciando una panza abultada. Camino hacia el espejo, me pongo de perfil y ciño mi ropa al cuerpo. Esa curva no es mía y desaparecerá cuando deje el tratamiento… a menos, claro, que funcione.

Mi hermana me lo ha advertido. Me ha dicho que si creo que el tratamiento que sigo, por más pesado que sea, es el final, estoy equivocada. Que lo peor viene después, cuando el embarazo se produzca, cuando llegue el momento del parto, cuando tenga que dar de lactar.

Pienso entonces en qué nos llevó a probar un método tan ajeno y agresivo, en si quiero ver mi cuerpo transformarse, en si alguna vez habíamos conversado realmente sobre si queremos ser padres, en cómo eso cambiaría nuestra relación, en la flojera de despertarme a medianoche, en la incomodidad de dormir boca arriba, en las estrías y las heridas en el pezón.

*

Sueño con un cuerpo que no es mío. Me veo atrapada en él. Se expande, ocupa toda la cama, se desborda por sus costados y no para de crecer. Intento recoger sus partes con mis manos, acaso lo único que reconozco, pero me vence su peso y se me escapa. No veo a Luis a mi lado y temo haber aplastado al gato, que hasta hace nada dormía

entre las sábanas. ¿Cuánto va a pesar esta criatura?

Me despierto sobresaltada para comprobar que todo está en su lugar y en su justa dimensión.

*

El doctor desliza un condón en una especie de garrote que trae el ecógrafo y lo embadurna con lubricante antes de introducirlo en mí. En una pantalla de varias pulgadas puedo ver mi útero por dentro y descifro en una imagen confusa círculos oscuros que podrían ser. ¿Esos son? El médico no da mayores explicaciones, pero les toma medidas y asegura que mi cuerpo está respondiendo bien a los medicamentos. Dice que mis folículos han alcanzado el tamaño óptimo y programa la extracción para el domingo por la tarde. Debo ir en ayunas. Me dice que ha podido ver que hay más de ocho folículos, pero debo subir la dosis a las inyecciones (ya no una, sino dos por la noche) por tres días para «asegurar». Solo la última inyección debe ser administrada a una hora precisa: treinta y seis horas antes de la aspiración. Luis programa la alarma del teléfono para las 3:45 de la mañana.

*

Esa noche pedimos una pizza. Luis escoge la música en la sala mientras yo caliento el horno. En estos días es inevitable recorrer el espacio sin imaginar cómo se transformaría con la llegada de un bebé.

—¿Crees que deberíamos mudarnos? —le grito desde la cocina, pero no me escucha.

Ha elegido uno de mis discos favoritos, *69 Love Songs*.

Saco la pizza del horno y la pongo en una tabla de madera. Agarro un manojo de servilletas de papel y voy donde él.

—¿Te sirvo una copa? —me dice y yo asiento.

Le he preguntado al médico si puedo beber y me ha dicho que «cuando una mujer se embaraza, lo hace con alcohol o sin él». Con, entonces.

—Si esto funciona, te decía… ¿crees que deberíamos mudarnos?

—No sé, me encanta este departamento. Creo que nos podríamos acomodar, hay espacio suficiente.

—Tendríamos que compartir oficina… —desde la pandemia, él también trabaja desde casa—. Creo que sería mejor que tu estudio fuera el cuarto del bebé.

Luis me mira divertido y me alcanza la copa.

—Qué conveniente… ¿cómo has llegado a esa conclusión?

—Está más cerca al cuarto principal y el clóset es más grande… pero habría que

arreglarlo. Están picados los cajones. ¿Cuánto costará cambiar un armario? ¿Le escribo a un carpintero para cotizar?

—Ahorita no, ¿no? Hay que esperar…

Luis eleva su copa y brinda conmigo a la distancia. Yo suelto un beso al aire.

*

Cuando Luis y yo decidimos mudarnos juntos, buscamos un departamento con dos habitaciones. Como yo trabajaba desde casa, quería instalar un escritorio que sirviera solo para eso y no se tuviera que transformar súbitamente en un comedor o una sala para ver televisión. Sobre todo, quería evitar que, cuando llegara Luis, mi trabajo invadiera el espacio que estábamos empezando a construir juntos.

El departamento era antiguo y el alquiler era un poco más alto de lo que esperábamos pagar, pero desde el primer momento se nos hizo fácil imaginarnos ahí. Los espacios tenían una amplitud que hoy es escasa y el piso era de madera, lo que le daba calidez (también escasa). Una gran ventana en la sala dejaba entrar la luz por las mañanas y tenía no dos, sino tres habitaciones. Acordamos que ese cuarto extra fuera para él, de tal manera que la distribución resultara equitativa. Con la pandemia, esa habitación se convirtió en su oficina.

La ventana daba al techo del vecino, que parecía un vertedero. Una escalera caracol de metal oxidada yacía tumbada sobre uno de sus lados; rumas de piedras, tierra y ladrillos se acumulaban al lado de una carretilla; cajas de cartón, un somier, un colchón inservible e inmundo, una silla de ruedas, una parrilla... una melancólica colección de posibilidades que fueron ahí a morir.

No importaba. Sembraríamos plantas en las jardineras que crearan una barrera entre ese techo ajeno y nosotros. El crotón de mi antigua casa sería el primero. Nos abrazamos en el espacio vacío que se convertiría en nuestro hogar y firmamos el contrato esa misma tarde.

*

«Va a sentir un ligero mareo», dice la enfermera mientras conecta una jeringa a la sonda que llevo en el revés de la mano izquierda. Lleva la nariz y la boca cubiertas con una mascarilla. Adivino su pelo tras esa cofia celeste, lleva las cejas tatuadas. Al otro extremo de la camilla, una segunda enfermera me pide que me relaje, mientras coloca mis piernas abiertas en los estribos de la cama. Estoy expuesta. Me pide que me corra más abajo, hasta el borde. Va a iniciar el lavado. Siento un chisguete de agua tibia entrar en mí, me da cosquillas y reacciono ajustando las nalgas, lo que me hace dar un brinco sobre la cama. «Relajadita, relajadita», insiste dándome palmadas

en el muslo. «Ahora sí, se va a sentir como borrachita… Cuente hasta diez», dice la enfermera de las cejas. Me van a dormir. *Uno*. La luz del techo es blanca y emite un zumbido que se funde con el silencio estático de la sala. *Dos*. Una tercera enfermera acerca el monitor del ecógrafo a mi lado. *Tres*. El doctor entra a la sala. «Todo listo, doc», la enfermera de las cosquillas. *Cua-tro*. El frío se expande. *Ciinnnco*. La luz blanca se mece allá arriba. Borrachita. *Sei*…

*

Despierto en otra sala con un hincón que me hace tensar la zona pélvica. Las frazadas que llevo encima se sienten como un corsé. Otra enfermera (¿o es la misma?) me toma la presión, bombea hasta que el brazo ya no aguanta. Me deja analgésicos a los pies de la cama y me da indicaciones de cómo tomarlos. Le pido que lo ponga por escrito, que no me voy a acordar. Me retiene el peso de mis párpados, me vence, me obliga a cerrar los ojos nuevamente y veo puntos diminutos de colores que giran sin un patrón. Me pierdo en ese torbellino que me hace no pensar en el dolor. «¿Cuántos?», trato de acomodarme en la camilla, un poco de costado para probar si esa posición me alivia. «Hemos extraído diez folículos».

¡Diez!

*

Las plantas pasan por un periodo de adaptación cuando cambian de suelo. Crecen a otro tiempo. Tardan en echar raíces y, aunque modifican sus troncos y tallos de acuerdo a la luz, no están acostumbradas al movimiento y decaen hasta que se asientan.

A los pocos días de trasplantar mi crotón en la jardinera (que yo consideré ideal, pues tendría más espacio para fortalecerse), perdió todas sus hojas y una especie de piojo blancuzco y algodonado invadió sus ramas. Cualquier esfuerzo que la planta hacía por tener un nuevo brote se veía sofocado de inmediato por ese parásito, que luego identifiqué como una cochinilla. Me arrepentí de inmediato de haberla sacado de la maceta.

Pasé meses revisando diariamente la planta, sobre todo cuando se asomaban verdes incipientes en las ramas, para controlar la plaga. Había tratado con algunos insecticidas, jabón potásico y remedios caseros (agua hervida con canela y ají, cenizas de cigarro, café), pero nada funcionaba mejor que la vigilancia. Varias veces al día, sacaba medio cuerpo por la ventana y daba rienda suelta a mi obsesión. Cuando veía una cochinilla, la aplastaba sin compasión, dejando salir esa sustancia viscosa y purpúrea que teñía mis dedos de una efímera victoria.

Cuando la planta sobrevivió a los meses fríos de su primer invierno en esa jardinera, le conté a Luis, orgullosa, que lo habíamos logrado. Que en verano el crotón iba a reverdecer. Que iba a sobrevivir.

*

Pasa una hora, que se desvanece entre parpadeos largos, antes de que me den el alta. Me cambio en el baño y veo mi cuerpo desnudo frente al espejo. Lo observo con detenimiento. Levanto los brazos y me paro de costado, pellizco un rollo entre el dedo índice y el pulgar, y constato que he acumulado más grasa en el vientre. Me levanto las tetas sosteniéndolas con las manos como un nido y las apretujo hacia el centro. Mi piel ha perdido elasticidad. Las estrías parecen cicatrices de heridas antiguas. El cansancio se hace oscuro bajo mis ojos y algunas arrugas surcan mi frente.

Este cuerpo envejecido soy yo.

*

En el curso de Biología del colegio nos enseñaron que las etapas de la vida son cuatro: naces, creces, te reproduces y mueres.

Me pregunto si, acaso, que mi cuerpo sea incapaz de generar vida es empezar a morir.

*

Luis me ha estado esperando en la sala de la clínica. Me pregunta cómo me siento. Con sed y con sueño. Me dice que lo espere ahí, que va a comprar una botella de agua. Le digo que lo acompaño, que puedo caminar.

Me quedo dormida en el camino a la casa, la anestesia todavía mantiene su efecto. Duermo toda la tarde. Por la noche, Luis me lleva una sopa de pollo a la cama. Dice que tengo que comer, que no lo he hecho en todo el día. El aroma me despierta el apetito. Me la tomo y siento que me abraza por dentro antes de volver a dormir.

*

Sueño con un bebé maravilloso, de ojos cafés y calvito como mi esposo, que se hace masita para acurrucarse entre mi brazo y mi pecho, como lo hace el gato cuando busca calor.

*

Tengo descanso médico por los siguientes días. Igual, les he dicho a mis compañeros de trabajo que estaré atenta al teléfono y al correo por si hay alguna emergencia, así que los reviso unas cuantas veces al día. Con todo esto, me ha costado concentrarme y no quiero que la emergencia se deba a un descuido mío. De todas formas, aprovecho la tregua y me paso un par de días en cama viendo películas.

He visto *La hija oscura*, basada en la novela de Elena Ferrante. Olivia Colman interpreta a una mujer que ha abandonado a sus hijas para priorizar su carrera en la academia (es literata, nada menos). ¿Cómo juzgarla? Las escenas de su pasado, que la muestran con sus hijas, no son tiernas. Todo lo contrario, son asfixiantes. Las niñas, de siete y ocho años, demandan su atención a tal punto que ella tiene que olvidarse de sí misma. La maternidad ha trastocado todo: la relación con su marido, su carrera, el sexo, la intimidad. Su cuerpo, su tiempo y sus intereses no le pertenecen. La privacidad no existe. Si se tarda en atender o falla en prestarles atención, las niñas gritan, lloran, invaden. La mejor de las veces, la tocan; las demás, la golpean. La mujer abandona a sus hijas para salvarse a sí misma. Empieza un amorío con un colega suyo, que la admira (y la desea) por sus ideas y le devuelve la posibilidad de ser valorada por algo más que su maternidad. Y con él, renuncia a un rol que lo ha permeado todo hasta hacerla desaparecer.

*

Dos días en cama después de la aspiración, llega la primera noticia: de los diez ovocitos extraídos, ocho han madurado y están listos para la fecundación.

En algunos casos, basta con poner en un plato los ovocitos con el esperma y la fecundación se producirá de manera espontánea, natural (aunque no se me ocurre una selección de palabras más inapropiada). En mi caso, la fertilización se buscará con una microinyección intracitoplásmica.

*

Mi hermana guarda cada una de las cosas de bebé de sus dos hijos en un depósito. Ha sido muy cuidadosa al separar lo que sirve de lo que no vale la pena conservar. Lavó todas las prendas antes de plancharlas y guardarlas en bolsas que luego ha sellado al vacío, para protegerlas de la humedad. Guarda también la cuna, la ropa de cama, el maletín para pañales, el corral, el aparato con el cual se ordeñó con disciplina militar durante meses, sin saltarse un turno, hasta que tuvo en su congeladora leche suficiente como para que cada uno de sus hijos se alimentara de ella por un año. Guarda zapatos, biberones, babitas, sonajas, juguetes y un almohadón para amamantar. Le he preguntado si piensa tener más hijos y me ha dicho que no. Y le ha

dicho a mi mamá (que en un arrebato de entusiasmo no ha sabido guardar el secreto) que conserva todas estas cosas para mí.

*

«¡Fecundaron seis!». Entro corriendo a la oficina de Luis apenas recibo el mensaje de la clínica. Los resultados son mejores de los que anticipábamos, pero falta un trecho. Recién entonces empieza la mitosis y debemos esperar cinco días más para saber cuántos llegan a blastocistos, un embrión en su etapa inicial. Apenas doscientas células, el origen de las especies.

*

Es una carrera por la supervivencia. Solo los folículos que lleguen a convertirse en embriones podrán ser introducidos nuevamente en mi útero y, con suerte, se producirá un embarazo normal. Ese último procedimiento se llama «transferencia» y no deja de fastidiarme el carácter financiero del término. Todo el proceso está plagado de términos económicos: *reserva* ovárica, *conteo* espermático, *banco* de óvulos, *donación*.

Existe la posibilidad de superávit; es decir, de conseguir más de un embrión durante el tratamiento. En esos casos, serán vitrificados. Pueden utilizarse en futuras transferencias o pasar una eternidad a -196 °C.

Imagino una bóveda atiborrada de embriones congelados a la espera de un útero.

*

Esta tarde me enteré de que una mujer que conozco está embarazada. Ella, que dejó de menstruar por años debido a una anorexia adolescente. Ella, que tenía la espalda amoratada por su propia columna vertebral. Ella. No me explico cómo un cuerpo frágil como el suyo, que le anunció con tanta contundencia que estaban en riesgo sus funciones vitales, puede generar vida y yo, que menstrúo regularmente hace veintisiete años, sin falta, cada mes, por cinco días, no.

*

«Tenemos dos embriones», me escribe por WhatsApp la asistenta que me mantiene al tanto de mi caso. Acompaña el mensaje con tres emojis: manos rezando, manos agradeciendo y una estrella fugaz.

*

Una paloma ha venido a morir al techo que da a mi ventana. Parecería que descansa. Tiene la cabeza recostada hacia el lado y ha enterrado el pico bajo su ala izquierda. El viento levanta las plumas de su cola y da la impresión de que quiere volar. Sé que no lo hará y también sé lo que le sigue a la muerte. El calor va a pudrir sus carnes y vendrán las moscas. Sus plumas empezarán a desprenderse cuando se seque su cuerpo. Plumas de alas muertas sin peso ni dueño. Plumas al viento que reposarán luego en los árboles y otros techos.

Cierro mi ventana: no quiero moscas ni plumas ni podredumbre. Riego con insistencia el crotón de la jardinera; aunque el tiempo está en mi contra, confío en que podrá crecer hasta tapar la muerte que me acecha. Limpio sus hojas y logro que resplandezcan sus verdes, sus amarillos, sus púrpuras. Fijo la vista en sus matices y no en el techo de más allá.

Impulsada por el mismo instinto de supervivencia, tomo un papel que tengo a la mano, un ticket de compra o algo igual de perecedero, y escribo en él: «Una paloma ha venido a morir al techo que da a mi ventana».

*

El último paso antes de la transferencia es una biopsia que descarte anomalías. El contrato que firmamos incluye una cláusula que especifica que, de presentar problemas de malformación o a nivel cromosómico, los embriones no podrán transferirse y se descartarán. Sin embargo, los exámenes no son del todo certeros y, durante el embarazo, se pueden detectar otros problemas en el feto. En ese caso, nos ha dicho el médico, tendríamos que tomar una decisión.

*

¿Abortaría si el feto tiene anomalías?

*

El doctor nos ha citado a una videollamada. Mi esposo y yo esperamos sentados en la sala. Estamos nerviosos. Luis sospecha que son malas noticias por la hora de la cita (las diez de la noche) y yo le aseguro que eso no es indicador de nada, que el médico está en la sala de operaciones y sale tarde. Abrimos una cerveza para aligerar la espera y le pregunto si está al tanto de que esta puede ser la última que me tome en los próximos meses. «Y la tuya también, en solidaridad conmigo», bromeo.

Suena el teléfono. El doctor no entra en rodeos: «Lamentablemente, se tiene que interrumpir el proceso, la transferencia de embriones es inviable».

No sabemos qué preguntar, pero el médico ya ha pasado por esto antes, así que continúa con su explicación sin que se la hayamos pedido.

«Uno de los embriones tiene una anomalía en el cromosoma 18 y…», pasa las páginas de un informe, «la mujercita, en el 16». La mujercita, dijo, y me percato de que es la primera vez que le otorgo un rasgo humano a lo que durante todo este tiempo se mantuvo impermeable tras el lenguaje médico.

Aguanto el llanto que se avecina.

Luis nota que se agita mi respiración y le agradece al médico. Si tenemos alguna duda lo volveremos a llamar. Finaliza la llamada y coloca su mano sobre mi nuca y me acaricia el triángulo donde nace el pelo para acercarme más a él.

«Era mujercita», le digo con el poco aire que logro reunir, pero no le cuento que anoche soñé con un nombre de mujer.

Un nombre que no será: Alba.

*

Me cuesta levantarme de la cama. Me pesan los párpados y siento agarrotadas las piernas. Pienso que he dormido en una mala postura, pero no consigo sacudirme ese cansancio. Estoy triste.

Más que un sentimiento, la pena es un dolor físico. Oprime, parte, agobia, veja, fatiga, abruma, aflige, tortura, punza, hiere, quema, paraliza. Los corazones se rompen.

Una amiga me llamó en una ocasión convencida de que estaba sufriendo un infarto. Le dije que no. Pasaba por una ruptura amorosa que seguía a una traición. «Es pena», le aseguré. «No. Tengo un dolor constante en el pecho, me cuesta respirar», insistió recitando los síntomas. «Así se siente la pena. Eso que sientes se llama pena».

Se le había roto el corazón. El cliché se consigue en la repetición. El lugar común está en el instrumento, que es el lenguaje, pero nos permite acceder a una verdad que la rebasa. La pena rompe el corazón.

*

Le cuento a Mariafé que no funcionó el tratamiento y sugiere que lo tome con calma, que viva mi luto.

¿Es esto un luto? ¿Te puede hacer falta algo que nunca existió?

Yo lo que siento es la necesidad de dejar este episodio atrás, de continuar con nuestros trabajos, nuestra relación, nuestra vida juntos. De que el tiempo recupere su

cadencia.

*

Aunque doloroso, este fracaso me expía de culpas. Garantiza que no fui yo quien falló y calla por fin la pregunta impertinente del para cuándo, la advertencia de que se me va a pasar el tren.

Traté, cumplí, busqué.

Sí, ya consulté con el médico. Sí, ya conté los días en el calendario. Sí, ya tuve sexo sin protección en los días más fértiles. Sí, ya elevé las piernas después del coito.

Y no, no soy yo la que no quiere.

Es la naturaleza, el destino, la ciencia, la fe.

Yo soy una pluma sin cuerpo.

*

He cogido la costumbre de caminar largo por las noches. Trato de encontrar los pocos parques que se esconden en una ciudad de árboles lánguidos. Pienso que podría hacer un herbario. Recuerdo que, cuando niña, mi papá me animaba a recolectar hojas y flores y me enseñó a secarlas entre las páginas de los libros de su biblioteca. Me dijo que podría aprender a identificar, así, qué especies poblaban nuestro jardín. Él las había sembrado cuando recién se mudó a esa casa, con sus padres, cuando él mismo era un niño. Así aprendí que uno era un árbol de mango y los largos y avejentados del fondo eran eucaliptos. El más alto era un sauce y los coloridos, crotones.

Por eso, cuando ahora camino por los parques, estudio sus plantas y trato de diferenciarlas por sus hojas; repaso mi memoria de infante y trato de identificar si las he visto antes, si conozco sus nombres. No tengo un gran conocimiento, es cierto; pero me enorgullece diferenciar las tipas de los molles, y los sauces de los ficus. Quizás, después de todo, podría hacer el herbario que recomendó papá.

*

Me siento en una banca bajo un árbol que no sé reconocer y dos perros enormes y viejos se acercan hasta mí. Dos bestias amansadas por el tiempo. Los reconozco, son los perros de Paco, un amigo de la universidad que vive no muy lejos del parque donde estoy ahora. No nos vemos con frecuencia, pero cuando lo hacemos es como si nos viéramos siempre.

Nos saludamos con un abrazo y se sienta a mi lado, mientras sus perros sueltos exploran el parque a sus anchas. Me cuenta que hace poco se convirtió en padre y me

invita a cenar a su casa para conocer a su hija. Me enseña varias fotos en el celular. «Es muy linda. Se parece a su mamá», bromeo. «Pongamos fecha», me dice y quedamos para ese mismo fin de semana.

*

Paco nos recibe en la puerta de su departamento con la bebé despierta e insiste en que la cargue. Antes de saludarnos, ya la tengo en mis brazos. La recuesto sobre mi pecho y coloco el brazo bajo sus piernas, como un asiento, con temor de estar haciéndolo mal. La bebé no llora y lo agradezco. Mayte, la mujer de Paco, me dice que me sale natural. Le entrego un regalo para la bebé, un vestido blanco con una pañoleta que le hace juego, y ella me asegura que le viene perfecto, que estaba buscando un conjunto para su bautizo.

Mayte sirve quesos y fiambres; nosotros hemos llevado vino y algo más para picar. Nos sentamos en la sala a ponernos al día. Nos cuentan del día del parto, de cómo han vivido sus primeros meses como padres, mientras ella y yo nos turnamos para cargar a la bebé. Es tranquila y sociable y por alguna razón me da tranquilidad pensar que ser padres no implica renunciar a los planes de adultos. Que vamos a seguir siendo amigos. Le hacemos morisquetas a la bebé, hasta que rompe en llanto y su mamá dice que ya es hora de dormir. Le da leche tibia en biberón y poco a poco sus ojos se van cerrando. Cuando cae rendida, Mayte la deja en su habitación y monitorea su sueño desde el teléfono celular.

Abrimos otra botella mientras se cocina la pasta y conversamos sobre el trabajo, los planes y la política nacional, aunque es mejor cambiar de tema. Si tomo una copa más, me voy a animar a contarles lo del tratamiento. Luis me mira tenso, me cree capaz y le incomoda hablar de eso. La bebé llora desde el cuarto. Hacemos silencio, cruzamos miradas, aguzamos el oído. Si persiste el llanto habrá que ir por ella. Lo hace y Paco la trae a la mesa. Mayte le dice que es mejor no sacarla, pero él arremete con que ya estaba despierta de todos modos y mejor está acá que allá. Ella va a la cocina para prepararle una onza más de leche tibia, que la ayudará a conciliar el sueño. Paco va tras ella y me entrega a la bebé mientras tanto. La siento sobre mis rodillas y reboto las piernas con cuidado, para ver si ríe o duerme. No hace ninguno, pero tampoco llora.

—Quiero un bebé —le digo a Luis—. Podríamos volver a tratar.

Luis aprieta los labios y mueve la cabeza en un gesto que puede ser una negativa o una resignación.

—Lo que pasa es que no la has cargado, tienes que cargarla —y se la entrego sin que pueda resistirse—. Es muy rico. ¿Ves?

—Estás borracha… —dice él, pero rebota la pierna también.

—Correcto —lo estoy—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—¿En serio quieres tener esta conversación acá? ¿Ahora?

—...

—Yo no. Me molesta que te lo tomes tan a la ligera. ¿No te acuerdas cómo fue?

Entonces callo.

Paco vuelve con una nueva botella descorchada y nos rellena las copas hasta la mitad.

*

Anoche tuve pesadillas. Llevo todo el día tratando de acordarme qué soñé. Tengo una sensación, un vaho, una imagen que se desdibuja cuando trato de capturarla, que me elude, que se escapa. Desperté gimiendo de un llanto dormido.

*

Compramos pasajes. Nos viene bien salir de Lima, encontrar un espacio donde existamos solo nosotros, sin citas médicas y preguntas de para cuándo. Lo he llamado «el viaje de confirmación»: el primero de ser solo dos o el último antes de buscar ser tres.

Llegamos a Cusco sin otro plan más que descansar y caminar por los senderos. Hemos empacado un par de jeans, polos de manga corta para el sol de día y casacas para las noches frías de la sierra. Ni bien llegar, nos golpea la altura. Nuestras narices se secan, los fluidos se hacen costra y nos agitamos con el mínimo esfuerzo. Recién empezamos a respirar sin dificultad cuando bajamos al valle. Hemos alquilado una cabaña.

Le pido al conductor del taxi que se detenga en una bodega del camino, porque sé que estas se harán más escasas conforme avancemos y nos alejemos de las trampas turísticas. Compramos pan, queso andino, agua, café, leche, tallarines, vegetales y una que otra cosa más.

Cuando llegamos al hito marcado en el mapa, el taxista nos pide terminar el servicio ahí, al pie de la carretera: ha llovido y no quiere que su carro se atasque en el camino. Son apenas veinte minutos andando, así que nos echamos las mochilas en la espalda y caminamos cuesta arriba.

El sol de la sierra resplandece. Sus rayos rompen las nubes y uno pensaría que puede colgarse de ellos como de un pasamanos. Luis se agacha y soba entre sus dedos las hojas de una hierba que crece salvaje al lado de un riachuelo, y quedan impregnados de un aroma mentolado. «Es huacatay», dice, a la vez que arranca un manojo. Un perro sin dueño nos sigue por varios metros, lo llamamos Compañero. Se

adelanta en el camino y regresa por nosotros, marcando un rumbo que seguimos porque es también el único. Pasamos frente a algunas casas de quincha que parecen abandonadas, pero vemos a través de sus ventanas sin vidrio una silla, una muñeca, ropa en el tendal. Más adelante, un grupo de campesinos labran la tierra con una yunta de bueyes. Les preguntamos qué cosechan y nos responden que papas. Les pedimos comprar algunas y aceptan. Nos despedimos dando las gracias.

Incrustado en el cerro, vemos a lo lejos un punto luminoso. «Debe ser la cabaña», le digo a Luis. La he encontrado buscando hospedajes en Internet como «la casa de cristal». Le da el nombre una arquitectura poco típica de la zona: sus paredes son grandes mamparas de vidrio, una pecera enorme en la que seremos nosotros los animales en exhibición.

*

La casa tiene un altillo con una única cama, una chimenea con leños secos que prenderemos cuando los grillos canten y un balcón desde el que se ve el río partir los cerros para formar un valle fértil. Un valle donde crecen papas y huacatay silvestre.

Hasta ahora hemos hablado de lo que pasó de manera fragmentada, escurridiza, rehuyendo de las respuestas definitivas y de los recuerdos dolorosos. Pero esa noche, cuando la oscuridad borra los contornos y ya no se puede mirar hacia afuera, nos sentamos junto al fuego y empezamos una conversación en forma de embudo.

Al inicio, lo superficial. Hablamos de los pendientes del trabajo y de lo que nos hacen renegar nuestros compañeros; de la caminata a las ruinas cercanas que haremos cuando amanezca; recordamos los viajes pasados y nos reímos de chistes que solo nosotros encontramos graciosos. Y cuando agotamos los temas circundantes, finalmente, hablamos.

—¿Cómo estás? —empiezo yo con una pregunta de rutina que recupera su espesor.

*

Permanecemos varias horas frente al fuego. De vez en cuando, si la luz mengua, Luis le añade un leño y sopla la brasa para avivarla. Me recuesto sobre su regazo y nos acariciamos las piernas, los dedos, los rostros sensibles al calor. Nos besamos los párpados, lamemos su sal, echamos nuestros lutos al fuego. No es la primera vez que lloramos juntos, pero sí la primera que no hay uno que consuele al otro.

*

—¿Puedo preguntarte algo? —Luis me mira y asiente—. ¿Quieres ser papá?

—¿Qué pregunta es esa?

—No te lo he preguntado antes.

—…

—No pasa nada si no quieres, a veces yo tampoco quiero y me parece una locura que hayamos pasado por todo esto. Cuando fracasó nuestro tratamiento tuve una pena genuina… pero a los pocos días sentí alivio. Y no es que no haya querido que funcione, solo que se sintió así.

—A veces creo que quiero ser papá por los motivos equivocados.

—¿Cuáles?

—Por egoísmo —le cuesta abrirse, las palabras se le atascan en la garganta, se vuelven a meter adentro cuando suspira, salen a trompicones.

—¿Cómo egoísmo?

—Quiero ser papá por la posibilidad de hacerlo mejor —puedo distinguir a la luz tenue del fuego que se le han anegado los ojos. Levanta las cejas y retrae los pómulos en un intento por ampliar la cuenca y evitar que las lágrimas caigan y confirmen un dolor de niño que no ha terminado de sanar—. Para demostrar que sí se podía.

Abrazo a mi esposo y abrazo a la vez su orfandad. Lo abrazo mientras los grillos cantan y yo lo contengo y lo consuelo y pego mi pecho al suyo, que tiembla en una casa que es como un tubo de ensayo. Lo abrazo aún más para confirmar que somos dos pero que dolemos igual. Lo abrazo y me siento estúpida y egoísta y una lista de adjetivos por inventar por pensar que se trataba de mí. Solo de mí.

*

Hay muy pocas fotos de Luis de pequeño. Su madre cruzó el océano por amor o por aventura o por otros vicios cuando él tenía cinco años. Se perdió la mayor parte de su infancia. Cuando regresó, una sombra de barba hacía esfuerzos por cubrir un acné adolescente del rostro de su hijo y le fue imposible recuperar esos años. Nunca entablaron una relación.

Cuando su mamá se fue, Luis quedó bajo la custodia de un padre que a duras penas pudo hacerse cargo. Sus tías, las hermanas de su padre, lo ayudaban con la renta y a llenar la despensa con víveres una vez al mes. Cuando había oportunidad, llevaban a Luis de compras o le traían bolsas con la ropa que a sus primos mayores ya no les quedaba.

Su papá era divertido. Iban juntos a la playa tirando dedo, y una vez lo hizo viajar todo un trayecto trepado en el techo de una camioneta. Corría olas y le enseñó a encerar la tabla, a nadar en el mar. Una tarde, lo llevó a un parque y le pidió que recolectara lombrices, todas las que pudiera encontrar. Luis salió de caza y, a lo lejos, su padre gritó: «¡Cucarachas también!». Al cabo de una hora, Luis regresó con el

botín, una mezcla informe de babas y corazas. «¡Ese es mi cachorro!», lo despeinó con orgullo y Luis infló el pecho. «Ahora vamos a dejarlo en la puerta del vecino», cómplice en la travesura. Fue un día feliz.

*

Una tarde en la que estaban solos los dos, su padre se quedó dormido y Luis tomó una tetera para servir una taza de leche caliente a la hora del lonche. Se quemó las manos con el agua hirviendo. Su padre se despertó con los gritos de terror y llamó a su hermana mayor para que lo ayudara a atender la emergencia. Esa misma tarde, ella lo recogió y no lo devolvió más.

Lo adoptó como a un hijo; lo dejaba pasarse a su cama cuando tenía pesadillas y le tomó la primera foto suya que él conserva. Es de una actuación del nido, al que ella lo matriculó por primera vez, solo unos meses antes de que debiera empezar el colegio. Lleva un pañuelo blanco en la cabeza y la barba pintada con corcho quemado. Sonríe con una mezcla de incomodidad y orgullo. Tiene seis años, ha hecho solo cuatro semanas de jardín y le han dado el rol principal en la presentación de fin de año: es José en la actuación de Navidad.

*

Esa noche, en el altillo, sueño que vemos una serie en la cama. Típico plan de domingo: pijamas, *delivery* y Netflix. No sé qué me lleva a mirar debajo de la cama, pero encuentro a una muchacha que teje sin tregua. A su alrededor hay ropones, ponchitos y mantas de lana roja que ha dispuesto sobre el piso. Está embarazada, pero sabe que el bebé no será suyo. Me pide, sí, que lo vista con esas prendas cuando nazca para que tenga al menos algo que ella le pudo dar.

*

La mañana llega con los ojos hinchados. Luis se ha despertado antes que yo y ha cocinado las papas del valle con huevos y verduras. Nos sentamos a tomar café mirando el río desde el balcón.

—El otro día empecé a escribir —le digo.

—¿En serio? ¡Qué bien! ¿Un cuento?

—No… no sé. Escribí una escena, no sé qué es todavía. Pero se sintió bien.

—Me alegra.

No tenemos tours planeados para este viaje, pero ambos sabemos lo que haremos esa mañana. Luis y yo tenemos la costumbre de visitar los cementerios de las ciudades

a las que vamos por primera vez. Nos gusta conocerlas por cómo organizan sus muertes. Recorremos los pasillos leyendo las lápidas en busca de fallecidos que compartan nuestros cumpleaños, calculamos las edades que tenían cuando murieron, imaginamos sus historias. Muchas veces, los epitafios consignan información de quiénes fueron en vida —hijo querido, padre abnegado, madre y abuela— o sobre sus gustos (la letra de una canción, un poema). Yo tengo elegido hace varios años lo que quiero que diga el mío: «Aquí yace Rosario río de rosas hasta el infinito», un verso de *Altazor*.

El cementerio de Pisac queda al lado de una iglesia que opaca la luz prístina de la sierra cusqueña. No es el cementerio incaico, sino el «Cementerio Monumental», inaugurado en 1996, según dice la inscripción que corona el arco de ingreso. No encontramos guardias que nos impidan el paso, así que entramos. No hay nadie más ahí. Avanzamos por un camino de piedras donde nos escoltan esculturas de distintos materiales y estéticas. Dos ángeles infantes de piedra blanca nos piden silencio colocando los dedos índices sobre sus labios; un poco más allá, dos perros aúllan y sirven como guardianes contra los profanadores. Luis les toma una foto.

Los nichos se abren como caries en los muros blancos, carcomidos por la lluvia y el sol. También hay tumbas en el piso, marcadas por cruces o pequeñas casitas pintadas de colores. El polvo se asienta sobre las lápidas. Noto que hay muchísimas tumbas recientes que se extienden sin un plan ni orden; se propagan incluso por donde aún no hay veredas, amontonadas. Son las vidas que se cobró la pandemia.

Avanzamos prestando atención a las ofrendas que dejan los familiares a sus muertos. Una tarjeta musical con el compás lento, distorsionado por una pila que ya se ha gastado, convierte la melodía (*Para Elisa*) en un lamento tétrico. Encontramos un nicho con cajones minúsculos de cervezas, botellas en miniatura, vasos a medio llenar. Las flores para los muertos son de plástico. Flores imperecederas que no se corrompen con el paso de las estaciones.

Llegamos al nicho de un niño, apenas dos años de vida. Tiene fotos del pequeño difunto y juguetes. Las tumbas de los niños impactan distinto. Me viene un recuerdo que no puede existir de un ataúd del tamaño de una caja de zapatos.

—¿Qué pasará cuando se llene el cementerio? —le pregunto a Luis, que sigue tomando fotos—. ¿Crees que siga extendiéndose hasta que empiece a desplazar a los vivos?

—Hay espacio.

—Hay más muertos… Muertos que ya nadie visita. Muertos cuyos conocidos ya han muerto también. Debe haber incluso muertos que nadie reclama. Cuerpos sin nombre y sin deudos.

—En Colombia hay un pueblo en el que naufragan los cuerpos arrojados al río por la guerrilla. Los pobladores los recogen y los lloran como propios. A todos les ponen

nombres con iniciales NN… Natalia Núñez, Nathaniel Neira, Nemesio Nepomuceno, Nilda Noguera. Cientos de NN con lutos prestados.

—Quizás lo prestado no sea el luto, sino los muertos. Un pueblo que llora penas propias a cuerpos ajenos.

*

El papá de Luis murió al iniciarse la pandemia y sus cenizas siguen en nuestra casa. Nunca se pudo confirmar si fue a causa del virus o no, pero murió por una neumonía que no cejó ante los antibióticos. Por el Estado de Emergencia, Luis iba al hospital solo, con una camiseta blanca colgando de la ventana del carro para que no lo detuviera la policía. Solo se paraba en la puerta del hospital hasta que le permitieran ingresar. El sistema de salud estaba desbordado y los cuerpos se acumulaban en los sótanos de los hospitales. Tuvo también que ir solo a recoger el cuerpo de su padre y cremarlo. Los protocolos de seguridad no permitían las reuniones, ni siquiera para despedir a los muertos. Creo que, sobre todo por eso, intentábamos sobrevivir.

Yo me tuve que quedar en casa, cuando lo que correspondía era estar con él. Como no sabía qué hacer (¿qué se hace mientras tu esposo ve el cuerpo de su padre convertirse en cenizas?), lo esperé con la cena servida y varas de San José en todos los floreros. Así, cuando Luis volvió con una caja de madera que contenía todo lo que su padre fue en vida, pudo llorar acompañado en una sala que olía a duelo.

*

Al volver de nuestro viaje, me encuentro con un mensaje del doctor. Quiere conversar con nosotros personalmente y nos cita en su consultorio. Es la primera vez que hablamos después de aquella llamada. Nos pregunta cómo hemos procesado los resultados y cómo andamos de ánimos, porque tiene una buena noticia: una paciente ha abandonado el tratamiento y podemos tomar su lugar y medicinas, que ya están pagadas. Nos ofrece, en suma, repetir el tratamiento gratis.

Esta vez, el enfoque sería distinto, asegura. «Menos agresivo, emplearíamos una nueva estrategia», explica. Entonces recurre de nuevo a la metáfora del maratonista octogenario. «Quizás no pueda correr una maratón, pero sí caminar un par de kilómetros sin desfallecer». Lo mismo con mi organismo. «No vamos a apostar por la cantidad. ¿De qué nos sirve tener diez ovocitos si ninguno es de buena calidad?», dice con toda lógica. «Vamos a darle una aceitadita, una ayudadita a tu organismo, no se necesita más». Como la carga de hormonas será esta vez menor, el tratamiento se puede hacer con pastillas. «Vamos viendo cómo evoluciona. Quizás, al final, una o dos inyecciones para asegurar», el doctor ya está escribiendo una receta.

Le agradezco el gesto, pero le pido que nos dé un tiempo para conversar.

*

—Habíamos dicho que no— dice Luis apenas subimos al carro. Enciende el motor, pero nos quedamos detenidos.

—Ya lo sé, pero no podemos rechazar la oferta.

—¿Por qué no?

—Hasta hace un par de meses estábamos dispuestos a gastar todos nuestros ahorros en esto y ahora, ¿no lo vamos a hacer gratis? No tiene lógica.

—No sé cuántas veces quieres tener esta conversación, en serio. Lo importante no es el dinero, sino los límites. ¡Ni siquiera estamos cien por ciento seguros de que queremos ser padres!

—Tampoco estamos seguros de que no queremos serlo.

—Lo que tú decidas está bien.

—Me haces sentir sola… no soy yo la que tiene que decidir.

—Es tu cuerpo.

—¡Es un hijo!

—Pero el tratamiento…

—...No es tan grave. Se pasa rápido. Eso no es lo que me quita el sueño, en todo caso —una mosca se choca una y otra vez contra la ventana y la abro apenas para darle espacio para salir—. A mí lo que me da miedo es el embarazo. Que me crezca el cuerpo, que cambie, que no regrese. Que me duela dar de lactar, que se me desgarre la vagina, que el bebé tenga problemas de salud… que me caiga mal.

—No te va a caer mal tu hijo.

—¿Cómo sabes? Podría salir a tu mamá… —le guiño el ojo con complicidad.

—Peor sería que nosotros le caigamos mal…

*

Elegimos el día del cumpleaños de mi suegro para echar sus cenizas al mar. Luis recorre el muelle cargando la cajita de madera entre gaviotas que se pelean restos de pescados deshojados y lanchas de colores que asemejan confeti en el mar opaco de Lima, una fiesta que ya terminó. Bajamos hasta una que hemos alquilado para que nos lleve hasta la playa de La Herradura, donde su papá corrió olas en su juventud. Le hemos explicado al conductor, que nos ha ayudado a saltar a bordo y nos ha entregado unos chalecos naranjas que le quitan solemnidad a la ceremonia, lo que hemos venido a hacer. El precio sube un poco, pero nos asegura que nos esperará el tiempo que sea necesario. «A veces, los familiares se emocionan y las despedidas se

extienden», cuenta desde la experiencia.

El pico de la lancha se eleva y parte en dos el mar calmo, dejando atrás un remolino de algas, peces y agua. Las gaviotas acompañan el trayecto en un vuelo atento que, de cuando en cuando, cae en picada y se pierde en el mar. Llegar a La Herradura nos toma alrededor de quince minutos, durante los cuales no hablamos. Luis observa el perfil de la ciudad perderse entre la neblina diáfana.

El motor se apaga y la lancha se mece en un vaivén que nos arrulla. El agua tornasolada toma una textura incierta e hipnótica. «Hemos llegado», anuncia nuestro timonel, que funge de maestro de ceremonias. Luis mira hacia la playa; la caja en su regazo, sus manos tamborileando sobre ella. Yo sigo muda. Entonces Luis dice «bueno», toma un suspiro y abre la tapa. Se acerca al borde y voltea la caja, pero las cenizas no caen. El tiempo y la humedad las han convertido en una masa sólida, en cemento que ha fraguado en la forma del recipiente que lo contiene, en ese espacio, en una caja de madera que les da cobijo. Nos miramos y reímos de nervios, pero también porque esperábamos que las cenizas volaran vaporosas y libres en el último adiós.

Entonces Luis dice «Mi papá, complicado hasta el final» y voltea hacia el timonel, que ha mantenido la compostura: «Maestro, ¿tiene un cuchillo?». «Sí, ¿para filetear o deshuesar?», responde él. «Cualquiera está bien», intervengo y se lo alcanzo a Luis, temiendo que acuchille las cenizas de su padre. Pero él toma el cuchillo y lo que hace es desprender con cuidado el bloque de los bordes. Cuando cede, sumerge la caja en el mar para que el agua ablande la masa hasta disolverla.

*

Apenas dos maletas contienen todas las pertenencias del papá de Luis. Lo acompaño mientras las abre. Saca camisas, polos, pantalones, sábanas, fotos. Nos sentamos a mirarlas, me cuenta quiénes son los que aparecen en ellas y las anécdotas que evocan esas imágenes. Se detiene en una fotografía en la que su padre toma una raspadilla en un parque y lleva una melena que yo no conocí. Los lentes no son lo suficientemente oscuros como para ocultar sus ojos y la barba tiene la misma forma que la de mi esposo.

—Acá debe haber tenido mi edad —dice Luis—. Este es el parque que quedaba cerca a la casa del pasaje de Barranco. ¿Sabes lo que solíamos hacer? Debía no sé cuántos meses de renta y, cuando llegaba el dueño, apagábamos las luces y nos metíamos debajo de la mesa hasta que el pobre hombre se daba por vencido y se marchaba.

—Siempre he querido saber… no tienes que responderme. ¿Por qué perdonaste a tu papá y no a tu mamá?

—Porque mi papá se quedó. Al menos, él trató.

Las pertenencias de su padre se van acumulando en rumas que crecen hasta que lo rodean. Le propongo que las separemos en tres grupos: lo que se dona, lo que se bota y lo que se guarda. Empezamos a separar las cosas bajo esa estructura. Luis no elige nada para el montón de lo que se guarda y yo insisto en regresar a lo que descarta para darle una segunda oportunidad.

—Bueno, si tú no vas a querer nada de recuerdo, yo sí —le digo y rescato una camisa gris que me queda enorme.

— Sí, esa camisa le encantaba. Pásamela.

—No, no, esta es mía. Vas a tener que elegir algo más.

*

Pasamos por la clínica para recoger los medicamentos, una pastilla al día por las noches y regresar a los controles interdiarios. Iremos viendo cómo evoluciona y ajustando la dosis, quizás debamos subir a dos pastillas al día o sustituirlas con una inyección. La enfermera nos hace firmar una guía de recepción y me ha dicho que debo mentalizarme. Ha usado la palabra «manifestar» y me recomienda, además, repetir todas las mañanas cincuenta veces la misma frase: «Voy a ser mamá».

Voy a ser mamá. No voy a ser mamá. Voy a ser mamá.

Así.

*

Mariafé me ha salido con que ha ido a sentarse a una «silla milagrosa».

—¿Cómo una silla milagrosa?

—Una silla… cuatro patas, un respaldar, un asiento. Una silla común y corriente, pero que era de un santo. Y vas y te sientas y pides algo imposible y se cumple. Un milagro, pues. Una «silla milagrosa». Tal cual.

—Me estás diciendo que te sentaste en la silla de un santo y pediste que se te conceda ser madre…

—Ya he tratado tanto, que qué más da intentar con esto…

—Ahora si funciona se lo vas a tener que atribuir al santo.

—Aunque no lo creas, había otras personas.

—No, si sí lo creo. ¿Todas pedían tener hijos? ¿Es un santo especializado, digamos?

—No, puedes pedir lo que quieras. La silla tiene un cartel que dice algo como que converses con Dios y que el santo, el dueño de la silla, intercederá para que se te atienda. Así que me senté y pensé en eso. A la salida te piden una propina.

—Espero que hayas sido generosa con el intermediario, de nombre…

—No me acuerdo cómo se llama.

—¡¿Cómo?! ¡Si vas a tener que ponerle su nombre a tu hijo!

—Yo no hice promesas.

—Bueno, ¿y sentiste algo?

—No, nada.

—¿Ni siquiera cuando se posó en ti el espíritu santo?

Reímos.

Esa tarde, Mariafé también me confiesa que ella concibe su infertilidad como un castigo divino. Estaba volando de regreso de un viaje y, atrás de ella, se sentó una mujer con un niño de dos o tres años. La criatura no paró de berrear en lo que duró el vuelo. Que no quería la leche. Que no tenía sueño. Que ya quería llegar a casa. Y, en medio del ajetreo, pateaba constantemente el asiento de Mariafé. En una de esas, volteó furibunda hacia la madre y le increpó que controlara a su hijo.

«¡Controla a tu hijo! ¡Eso le dije!», me cuenta con remordimiento. Estaba convencida de que la infertilidad era una penitencia, que su suerte se había definido en ese instante.

*

El primer hombre del que me enamoré era padre. O, mejor dicho, estaba a punto de serlo. Empezamos una relación cuando la mamá de su hijo tenía seis meses de embarazo.

Me imagino que yo representaba todo lo que para él estaba por perderse. Yo era la no-mamá, el rechazo a asumir responsabilidades, estirar la banda de la juventud, un intento desesperado por huir de las obligaciones. Por eso me elegía. Por eso, quizás, también lo elegía yo a él.

*

El tratamiento es más llevadero, es cierto. Los controles son rutinarios, pero no se ve ya la pantalla salpicada de círculos, como la vez anterior. Se distinguen apenas dos, tres. «Es lo que buscamos», repite el médico, dándome confianza. «Calidad, vamos por calidad».

*

No puedo dejar de pensar en aquella vez que me leyeron el café. Fue en una reunión de trabajo. Mi compañera se sirvió una taza y, al terminar, la volteó sobre el plato de fondo. La imité sin saber por qué. Le causó gracia y me explicó que lo hacía por costumbre, porque su abuela solía leer el café en las tardes familiares. Me dijo también que ella no era una experta, pero que podía probar y esperó mi aprobación antes de levantar mi taza. Los posos del fondo habían dejado surcos al escurrirse por sus lados y eran esas figuras abstractas las que se interpretaban, como si se tratara de un test de Rorschach casero.

Nunca he creído demasiado en la adivinación, por no decir nada. Me considero más racional que esotérica. Pero ella se tomó la barbilla y me preguntó si estaba embarazada. Le dije que no. Luego, me preguntó si tenía algún problema en el útero, a lo que respondí también que no, por lo menos, no que supiera. Entonces viró la taza hacia mí y me enseñó lo que veía.

Me chocó la claridad del trazo del café sobre la porcelana: un útero, con sus dos trompas de Falopio y pequeños ovarios, se había dibujado sobre uno de los lados. «Quizás deberías ir a verte», pensó en voz alta mientras volvía a acercar la taza hacia ella y la analizaba concentrada. Me calmó diciendo que no necesariamente había algo mal, que era el símbolo de familia y que dentro del útero podía ver también una pareja con un pequeño. Le dije que mi hermana estaba esperando su segundo hijo y me respondió que no, que esta era mi familia, que yo estaba empezando una familia.

Luis y yo habíamos decidido mudarnos juntos dos semanas antes. «¡Eso es!», exclamó ella aliviada, y acercó la taza hacia mí para mostrarme la evidencia. Otra vez, estaba ahí la claridad de la imagen: dos figuras humanas, tomadas de la mano, y una pequeña que quedaba casi tapada por la falda que llevaba quien, asumo, era yo. La falda cubría la mitad del cuerpo de esta figura y se convertía en un remolino hacia abajo. «Es una carga; mira todo el peso que lleva encima», me dijo.

Hoy entiendo de otras formas esa lectura y esa pequeña persona de café que se escondía detrás de la falda me hace aferrarme a una victoria incierta.

*

Fantaseo con un embarazo espontáneo y miro mis tetas hinchadas frente al espejo. Le

pregunto a Luis si las ve igual y me dice que no, que están más grandes. Pienso que quizás las hormonas son suficientes para convertirme en una mujer fértil y que ya no será necesario aspirar los óvulos y fecundarlos y volverlos a meter en mí cuando hayan madurado y se les considere viables. Pienso que, a lo mejor, ya me embaracé. Que en el siguiente control el médico encontrará un embrión apenas perceptible y me dirá que no es necesario seguir con el tratamiento, que solo necesitaba un empujón y que está todo resuelto, encaminado, fecundado. Pero voy a mi siguiente control y el médico duplica la dosis en una nueva receta.

*

En la farmacia, compro bloqueador e ibuprofeno. Me entregan mi recibo y un vale de 25 % de descuento en crema para bebés en mi próxima compra. Lo doblo con cuidado y lo guardo en mi billetera, como un amuleto.

*

No he querido contarles a mi mamá y mi hermana que estamos intentándolo por segunda vez. No me apetece lidiar con expectativas ajenas. Sabemos Luis y yo. Solo nosotros tenemos que saber. Lo haré cuando llegue el día de la extracción y solo porque temo no despertar de la anestesia.

*

Hace unos días Luis me preguntó qué iban a pensar nuestros nietos cuando les contáramos que habíamos decidido casarnos mientras me cortaba las uñas de los pies. Lo dijo por instinto, como se dicen las cosas que se dan por sentado o se toman a la ligera. Creo que no reparó en la imposibilidad de tener nietos. Si no conseguimos ser padres, tampoco seremos abuelos.

*

Quizás no tener descendencia sea también desaparecer. En todo caso, hacerlo con más velocidad. Pienso en la foto de una mujer seria y robusta que se pierde entre los libros de la biblioteca de mi padre. La señora lleva el cabello recogido y un vestido oscuro de cuello rimbombante. El pie de foto da cuenta de una época pasada: 1864. No sé quién era. Estamos destinados al olvido de nuestros descendientes.

*

Una vez una amiga me dijo que no le quedó otra que ser madre. No había podido terminar la carrera, su trabajo no la motivaba y su familia se había distanciado por disputas de herencia y otras taras. Por años había visto a otras mujeres de su círculo cosechar logros: una maestría, un ascenso, un viaje. Ella fue la primera en ser mamá y en eso nos ganó. Ahora organiza sus días en torno a las actividades de su hija; hace la movilidad del colegio y en las tardes la lleva a clases de gimnasia o a cumpleaños de otros niños, que hay por montones. Todos los veranos a la natación.

No puedo dejar de pensar en cómo la maternidad, incluso una inexistente como la mía, se encarga de organizar la vida. Terminar de estudiar antes de ser madre. Viajar antes de tener hijos. Ahorrar de antemano para pagar su educación. Dormir hasta tarde los domingos mientras sea posible. ¿Y si no existiera un después? ¿Qué le da forma al ahora?

*

No quiero decir que la infertilidad nos haya cambiado los planes. Hasta que se diagnosticó, no existieron caminos fijos. Los destinos que no sigues aparecen solo en su imposibilidad.

*

Mariafé me escribe por WhatsApp: «Amiga, te tengo que contar!! Estoy embarazada!! Por fin se va a cumplir mi sueño… voy a ser mamá :)».

Me hace muy feliz. No caben más emoticones en mi respuesta.

*

Luis está haciendo pan en la cocina. Compró levadura en la bodega y la ha activado con agua y calor. Amasa la mezcla y va echando harina y agua e ímpetu a la masa. La cubre con un secador húmedo y la deja reposar. Pero la masa no levanta. Se empeña en amasar, con testarudez. Esta vez la deja reposar dentro del horno tibio, para despertar a las bacterias de la levadura, pero da igual. «La levadura está muerta», dice antes de darse por vencido. Bota la masa a la basura y escucho los trastes chocar en el lavadero.

*

A veces tengo que salir de la habitación a la mitad de la noche. No enciendo las luces, para no despertar a Luis, y voy a la sala. Me recuesto en el sofá frente a la ventana y

miro las sombras que proyectan mis plantas, a contraluz de los faroles de la calle. En la oscuridad trato de imaginarme como mamá. Y no lo consigo. Pero sí vislumbro entre las sombras a mi esposo cambiar pañales, arrullar a un bebé que llora ronquito, correr al lado de su bicicleta hasta que el equilibrio se consiga, enseñarle a zambullirse debajo de las olas del mar, donde no revuelca la corriente, preparar papillas y dormir con el bebé en el pecho. Entonces siento una fisura hendir mi cuerpo infértil pensando que soy yo quien niega esa posibilidad.

*

Anoche soñé que Luis me dejaba. Íbamos en la parte trasera de un taxi hacia el aeropuerto. Finalmente, nos íbamos, pero él me decía que en nuestro destino se iba a encontrar con una tal Pamela. Yo no llegaba a comprender qué estaba pasando y él me lo decía así: «Te estoy dejando». Le preguntaba si era una broma y me aseguraba que no, que se había enamorado de otra. Si no era una broma, debía ser un sueño. Hice esfuerzos por despertarme. Pero desperté dentro de otro sueño, en el que también existía Pamela y Luis me dejaba por ella también ahí. Me bajaba del taxi y corría por las calles para pedir consejo a una amiga, que aparecía de pronto. «Sí, conozco a Pamela, pero no sabía que se habían enamorado», confirmaba lo peor. Tenía que ser un sueño. Entonces despertaba en mi cama y me apuraba por alcanzar el teléfono para buscar a alguna Pamela en las redes de Luis. La encontraba. Hacía zapatos y era guapa, más joven que yo. Luis entonces me abrazaba por la espalda y decía: «Sí, ella es Pamela». Seguía dormida. Un último esfuerzo por despertar. Cuando finalmente lo conseguí, tenía el pijama empapado en sudor. Luis estaba a mi lado y debió intuir mi desasosiego, porque envolvió mi pie en su mano y, dormido, susurró: «Pof». Seguíamos juntos.

*

El doctor nos había advertido que no estábamos buscando cantidad, pero de todas formas es una decepción que solo extrajera dos ovocitos esta vez. Los imagino robustos, con la fuerza de diez concentrada en dos.

De todas formas, hace falta uno.

Una célula de mi cuerpo capaz de generar vida.

*

Ha venido a visitarme mamá después de la aspiración. Llamó antes para saber si importunaba y le dije que trajera helado de chocolate con *brownie*. Estoy en cama,

estoy hinchada, tengo una molestia en el vientre, quiero que me engría mi mamá.

Luis le abre la puerta y la dirige hasta nuestra habitación. Le pido que nos traiga dos cucharas. «¿Sin platos?», pregunta algo horrorizada. La invito a entregarse a la indulgencia. Se echa a mi lado y permanece inmóvil, rígida. No quiere moverse para que el gato se recueste en sus piernas. «Es gata», le aclaro por enésima vez. «Y no le gustan las personas», agrego para que baje las expectativas.

Me pregunta cómo me fue.

—El procedimiento no es doloroso. Con la anestesia, ni te enteras. Pero han sacado solo dos —le digo mientras raspo los bordes del pote de helado para que se suelte.

—¿Tan pocos?

—Sí. Pero es el tratamiento que recomendó el doctor. La otra vez fueron diez y dio igual, ninguno era bueno.

—Sí, es cierto… pero solo dos… —dice incrédula. Yo levanto los hombros y le alcanzo el helado—. ¡Qué rico está esto! —nos unen la genética y el gusto por el chocolate.

—El mejor —le arrebato el pote—. ¿Sabes que la otra vez el gordito —así le decíamos a mi sobrino— me preguntó por qué no tenía hijos?

—¿Y qué le dijiste?

—Que no me gustan los niños.

—Hijitaaa… —me dice con tono grave en la última vocal. El tono de la reprobación.

—¿Qué querías que le diga? Con eso, al menos, se partió de risa.

—A ver, invítame un poco más.

—Lo siento, el helado es para los infértiles —me lo quita, pero lo devuelve pronto.

—Cuando eras bebita no te quedabas quieta hasta que hacías contacto con otra persona. Te dejaba a un extremo de la cama con tu biberón y, recostada, ibas dando de brincos hasta que chocabas con mi brazo. La profesora del nido te llamaba «mis rodillas» porque te gustaba sentarte en su regazo. ¡Linda mi bebé! —dice entre la ternura y el disfuerzo, haciendo un intento por pellizcarme los cachetes que yo esquivo.

—Ma… cuando nació Pepito, ¿no le tomaron una foto? ¿No pensaste en hacerle un álbum?

—Era muy chiquitito, sabíamos que no iba a vivir. Fue muy triste, fue la primera vez que vi a tu papá llorar. Y yo me sentía tan culpable…

—¿Por qué, si no fue culpa tuya?

—Porque me subí a una lancha unos días antes y me quedé con la idea de que el vaivén del mar me adelantó el parto.

Hay un espesor húmedo en el aire y doy un brinco en la cama para pegarme a ella. De pronto me siento más cercana a esa experiencia de maternidad que a la que tuvo

conmigo. A la de la madre del hijo que no puede ser.

*

Hace días estoy con un dolor en la muela que no da tregua. Tengo bruxismo, diagnostica la dentista, y me dice que seguramente por estrés estoy apretando la mandíbula mientras duermo. Me atiende desde que era una niña y guarda aún radiografías de mi mandíbula de treinta años atrás. Las más antiguas presentan dientes de leche y picaduras superficiales que no representan un riesgo para después. En ellas, veo mi dentadura cambiar, el tiempo se deshace de los premolares y las muelas del juicio empujan lo que ya se había cimentado para echarlo a perder. «¿No tienes hijos?», me pregunta mientras explora mi boca. Niego con la cabeza. «Las chicas de hoy no quieren tener hijos, les da flojera», dice sonriendo. Yo sonrío o intento hacerlo, con la boca abierta como un tajo que invita a hurgar en mi interior, mientras mi lengua esquiva herramientas punzantes que han sido diseñadas para infligir dolor.

*

Si el tratamiento no funciona, podríamos irnos. Se lo he propuesto a Luis. Podríamos renunciar a nuestros trabajos, vivir de nuestros ahorros por un tiempo, viajar, mudarnos a otra ciudad, a otro país, al campo, a la playa, a Los Órganos. Podría escribir ese libro que tengo pendiente, estudiar una nueva carrera o él dedicarse a la cocina y abrir un restaurante. Podríamos salir de Lima y vivir por temporadas en distintas ciudades. Podríamos comprar una casa rodante y recorrer América un año entero. De pronto, el mundo se llena de posibilidades, como si estas no estuvieran ahí ahora que no tenemos hijos y seguimos atornillados a nuestras sillas de lunes a viernes, en una ciudad que mira a un mar sin luminiscencia.

*

Estamos echados en la cama y Luis juega con mis dedos cuando veo que entra el mensaje del doctor. Un mensaje que me demoro en abrir porque contiene unas cuantas letras y el resto de mis años. Palabras que definen, que separan lo que puede ser de lo que no.

Luis ríe y sigue en una conversación que ya es un monólogo. Tomo mi celular y leo el mensaje que hasta un instante tenía miles de futuros posibles y ahora solo contiene uno.

Por unos segundos solo yo lo sé.

Luis me pregunta si quiero ver una película o si vemos una serie; si cocina o pedimos comida de fuera; si me provoca salir a pasear o nos metemos a la cama temprano.

Por eso me demoro en cogerle la mano y decirle: «Mi amor, se detuvo. No funcionó. No desarrolló ningún embrión». Porque quiero construir para él una ficción donde el futuro es posible. Una ficción en la que nosotros estamos echados sobre la cama y en unos meses ya no seremos dos. Una ficción en la que yo todavía soy lo que no podré ser.

*

El hijo de Mariafé se parece mucho a ella. Lo he ido a conocer hoy por primera vez a la misma casa en la que hace muchos años vivimos juntas su mamá y yo. Tiene los ojos redondos y oscuros, y la nariz se hace más pequeña en contraste con sus cachetes generosos. Mariafé está contenta, aunque ojerosa. Me cuenta que es muy demandante, más de lo que esperaba, que no duerme hace semanas y que dar de lactar no es una experiencia mágica como se idealiza, que a ella cada succión le duele y siente un tirón que le llega hasta el ombligo. Tenemos que hablar susurrando porque si se despierta va a llorar. Mariafé me pregunta cómo estoy yo, si tenemos pensado volver a intentar. «No, ya no», le digo. «Está bien, no es para todo el mundo».

*

Regreso caminando a casa y encuentro a Luis leyendo en el sofá. Me pregunta qué tal y le digo lo que suele decirse: «Lindo, se parece a ella». Camino hacia la ventana. Llevamos más de siete años en ese departamento y el vecino no ha recogido ese basural que tiene por techo. Las plantas nos protegen, han formado una muralla vegetal que nos da la ilusión de vivir rodeados por un jardín. Pero, en el fondo, está ahí. La mugre, la desidia, los restos de paloma disecados por el sol.

«Quizás deberíamos mudarnos a un lugar con mejor vista», le digo en un impulso a Luis.

*

Nos hemos tardado tres días en embalar nuestras cosas. Mañana a primera hora llegará el camión de la mudanza. En los años que llevamos viviendo ahí hemos acumulado mucho y toda una esquina de la sala está reservada a lo que daremos de baja: zapatos, abrigos, libros, cuadros. Ver la casa vacía me causa un *déjà vu* siniestro. El espacio ha recuperado su amplitud y su posibilidad.

Reviso los últimos rincones para asegurarme de que no olvido nada importante. En el botiquín del baño, encuentro el pomo del ácido fólico que empecé a tomar hace más de dos años, cuando recién dejamos de cuidarnos, para evitarle una espina bífida a mi bebé. Está lleno hasta la mitad. Abro el pomo y vierto su contenido en la taza del wáter. Jalo una, dos, tres veces, pero algunas pastillas yacen en el fondo. Desisto. Se desintegrarán con el tiempo.

Cuando vuelvo a la sala principal, Luis ha terminado de envolver en papel periódico la vajilla. Me informa que se va a dar una ducha antes de seguir. Sola, sentada en el piso de madera que nos hizo decidir que queríamos vivir ahí, miro las paredes vacías y noto cómo lo que hasta ayer era nuestro hogar ahora no son más que paredes que necesitan una mano de pintura. Veo por primera vez detalles que no noté antes o que había olvidado. Lo familiar se vuelve ajeno tan pronto. ¿Qué quedará de nosotros en los lugares que habitamos?

Me acerco a la ventana y me detengo a mirar por última vez el techo del vecino. Me repele su apego a lo que ya desechó, a su hediondez. Entonces, reparo en el crotón y en el error que fue sembrarlo en la jardinera. Las plantas no son especies portátiles, están destinadas a crecer y morir en el mismo lugar, y esta ha echado raíces en una tierra ajena. Me agacho hacia su base tanto como el vértigo me lo permite y estudio el suelo. Con una mano en el alféizar y la otra en la base del árbol, intento moverlo sin éxito. Busco entre las cajas ya cerradas una pala y vuelvo a la ventana con nuevas armas. Clavo la herramienta con vehemencia, cavo un círculo a su alrededor y vuelvo a intentar. Se mueve de un lado al otro, pero no renuncia a su lugar. He empezado a arrancar la hierba que ha crecido a su alrededor, me lastimo las manos.

—¿Qué estás haciendo? —Luis ha entrado a la sala húmedo del baño y me ha encontrado inmersa en ese propósito.

—Nos lo tenemos que llevar —respondo y recién advierto que estoy sucia de tierra y barro.

—¡Déjalo ahí! ¡No lo vas a poder sacar!

—Se va a morir si no lo riegan. No lo puedo dejar.

—¡Lo vas a matar!

—Mira, no voy a parar hasta sacarlo. Puedes ayudar o mirar.

Luis me mira a los ojos y toma la pala, saca el cuerpo por la ventana y empieza a cavar. Su estatura le da más alcance. Remueve la tierra, sostiene el tronco y tira de él. Las ramas se sacuden, algunas de sus hojas se desprenden. El árbol se aferra a la vida que es también la muerte. Entonces, Luis me pide que lo coja de la cintura. Lo abrazo y jalamos juntos, yo de él y él del árbol, hasta que logramos sacarlo de raíz.

Agradecimientos

A Claudia Apablaza, por ver el germen de una novela en unas cuantas líneas.

A Camila, Ana Lía, Lucero, Laura Vargas y Gonzalo, por enriquecer con su lectura temprana este proyecto.

A Jerónimo Pimentel, Johann Page y Arthur Zeballos, por sus comentarios precisos y por apostar por este libro.

A Edward y Mónica, por su entusiasmo inquebrantable.

A Vero Salem, por darme espacio para crecer.

Al Dr. Luis Noriega, por su generosidad.

A Mariafé, por prestarme parte de su historia.

A mis papás y a mi hermana, por apoyarme y cobijarme.

A Luis Alejandro, por ser parte de mí.



Infértil

Avenida Ricardo Palma 311, Oficina 804, Miraflores, Lima, Perú

Literatura Random House es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

ISBN: 978-612-5080-11-0
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2023-08072

Primera edición: agosto de 2023

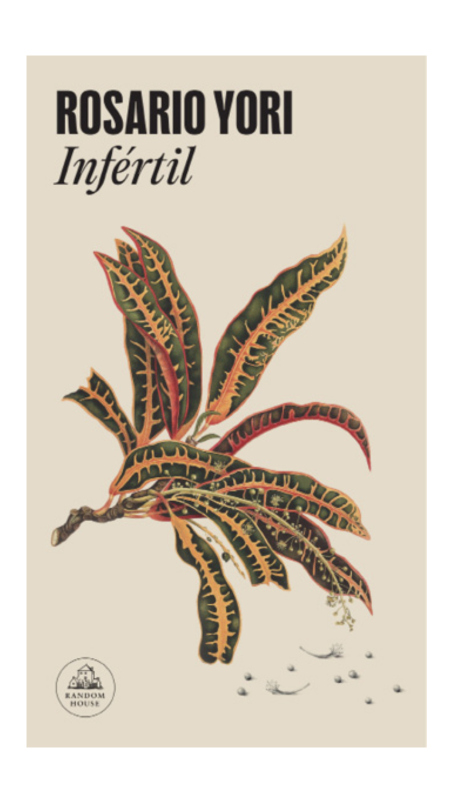
Conversión a e-book: Apollo Studio



Rosario Yori

Nació en Lima, Perú, en 1982. Estudió Literatura en la PUCP y una maestría en Periodismo y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Nueva York (NYU), donde recibió el MacCracken Fellowship. Es editora, escritora y profesora de escritura creativa. *Infértil* es su primera novela.

Diseño de la cubierta: Apollo Studio
Fotografía de la autora: Ana Lía Orézzoli



«Quizás esperé demasiado. Pero ¿cuándo, si no ahora? Nunca había querido tener un hijo. Nunca había querido tener el hijo de alguien más».

Cerca a los cuarenta años, Rosario, una mujer que con esfuerzo ha logrado estabilidad en su vida, se enfrenta al dilema postergado de la maternidad. Tras recibir un diagnóstico que reduce sus posibilidades para fecundar, se embarca, junto a su pareja, en un proceso médico extenuante que modifica la cotidianidad y los proyectos que han construido juntos. Pero no es solo el impedimento de concebir un hijo lo que intensifica esta etapa de su vida, sino el examen de sus motivaciones personales, de sus recuerdos, y del mandato familiar y social que la compelen.

Con un lenguaje sereno e introspectivo, *Infértil*, primera novela de Rosario Yori, le da cuerpo a una emotiva historia donde el anhelo materno se enfrenta a las dudas propias de la intimidad biológica y psicológica de sus personajes.